

LA VUELTA DE LOS DÍAS

Fisiología del sueño André Pieyre de Mandiargues

Gérard Macé

Desde hace casi un siglo, desde que estamos acostumbrados a mirar nuestros sueños desde el punto de vista de la interpretación, la boca de sombra se ha vuelto muy habladora, y la noche más y más profunda, algunas veces falazmente.

Mandiargues, por su parte, nunca creyó en sueños ocultos y petrificados, que sólo esperarían la visita del arqueólogo; de los surrealistas que participaron tardíamente en las actividades del grupo, y que no sintieron la necesidad de romper con André Breton, él fue incluso el único escéptico, y esto evitó que se hundiera en el juego sumario de las analogías, o en el caso de los sueños, del "esto quiere decir aquello". Nada más ajeno a Mandiargues, a pesar de su admiración por André Breton, que un intento como el de los *Vasos comunicantes*. Pero se puede pensar que el personaje de Breton le fascinó más que los artículos del dogma: en él no aparece el recelo ante la novela, menos aun la condena de la literatura, y su surrealismo tiene los colores de lo maravilloso según Nodier, o de lo fantástico según Hoffmann.

Su escepticismo culmina en esta afirmación, que podría parecer provocativa si no estuviera sostenida por una curiosidad sin límites: "Inhibición, disfraz, con el mecanismo que se explica, esas razones ingenuas, todo eso se dice rápidamente, se acepta demasiado rápidamente. Debe de haber otra cosa".¹ Aquí están dichos la repulsión por el lenguaje reducido a un código, y el rechazo a toda

explicación maniquea. Ahora bien, esta actitud, que parecería hecha para desalentar los comentarios, o dictada por el miedo a las revelaciones, es la de un soñador apasionado, que busca el placer gratuito del sueño más allá del saber, sin preocuparse ya, al despertar, por amonedarlo a cambio de unas cuantas significaciones. También está dicho que en el soñador —sobre todo el soñador que recuerda—, más que la afición por la trampa, por la mentira, por el carnaval, Mandiargues ve el desnudamiento de un hombre sincero. Para él, la verdad del sueño cuenta menos que las maneras de sueño (como hay maneras de mesa), y es por voluntad propia que se detiene en Brillat-Savarin o Hervey de Saint-Denis.

En los escritos de Mandiargues, se encuentra incluso una verdadera fisiología del sueño; y si apenas disimula cierta reserva por un "hongo de mala fama",² en cambio su confianza y su delectación son inagotables para los paraísos naturales. Los alimentos más generosos del sueño no son ni las inhibiciones ni las drogas, sino los productos de caza, los pescados, las especias, que la digestión, pesada o ligera, transforma en sueños o pesadillas. Lo real, bajo su forma más sabrosa, es el alimento de lo fantástico: "Entonces la conciencia va a perderse en un medio sueño que se alimenta de caza, de jamón de jabalí, de cabezas en salsa verde, de pesados patés salvajes remachados con clavo y de jengibre; la moka aromatizada humea por encima de

todos los vinos de las islas griegas; y el carro siniestro de los terrores diurnos corre al techo, que aplasta con sus prestigios, como una enorme araña blanca que baila sobre esqueletos de colibríes".³ Esto es para las tardes de invierno; pero cada estación, cada lugar, tienen su receta para los sueños. Así, sobre los personajes del *Diamante*, se nos dice que "el adormecimiento les dispensaba sueños a la medida de lo que habían engullido". Y cuando Hester Algernon intenta reconstituir para ella y para nosotros "el fantasma nacido sin duda de una gestión laboriosa",⁴ ella precisó un poco antes: "Entonces nada me gustaba más que esos alimentos de un estilo un poco perverso; al mismo tiempo salados, azucarados, ácidos, sazonados con pimienta, salpicados con especias raras; me gustaban las carnes enfriadas y extraídas de papeles grasos, el pescado al carbón, los pasteles pesados como si estuvieran fundidos en oro macizo".⁵ En otra parte, uno podría encontrar la fuente de los sueños con una alimentación rica en yodo y en fósforo (para Ferréol Buq, en *Mármol*), una *fondue* un poco pesada para el estómago (para Rebeca en *Motocicleta*) o un guiso de liebre a la romana (al final de *Isis del Coliseo*, en *El Cuadrante lunar*). En cuanto a la ensoñación, le sientan mejor sustancias más ligeras: las de Rebeca nacen en un vaso de kirsch aspirado más o menos profundamente (desde los románticos alemanes, y desde Bachelard, se sabe qué llama temblorosa hay en el alcohol). Pero el soñador se contenta también con muy poco, y se diría que los sueños se le ofrecen tanto más fácilmente, cuanto que el cuerpo ya no vive más que de sus reservas. Mandiargues cuenta que durante la guerra, en Monte-Carlo, tranquilo pero alimentándose de nada, soñaba más que en cualquier otra época de su vida. Cómo no citar a Brillat-Savarin, quien antes de tratar sobre el ayuno, el agotamiento y la muerte, aborda

³ En los años sórdidos.

⁴ Fuego de brasas.

⁵ Sol de los lobos

¹ "De los sueños", en *El Cuadrante lunar*.

² *El Cuadrante lunar*.

Respuesta a una encuesta

Este texto de André Pieyre de Mandiargues, que constituye su respuesta a la encuesta emitida el 10 de abril por Maurice Blanchot, André Breton, Dionys Mascolo y Jean Schuster, fue publicada en la revista Le 14 Juillet en junio de 1959.

Su encuesta me desconcierta un poco. Sin embargo, no quisiera esquivarla. A riesgo de disgustarles por mi franqueza, confesaré que personalmente, nunca me preocupé mucho por los problemas políticos. No me siento apegado a un país o a un pueblo más que a otros, y el destino de Francia y de los franceses no me preocupa mucho más que el de Islandia o el de los patagones. Pero la lengua francesa me apasiona mucho más que nada en el mundo, y sólo por ella y en relación con ella, me importa la gente que la habla y que la emplea como yo. Los "grandes problemas" siempre me han rebasado un poco, y además hay tantas personas capaces de dedicarse a ellos mucho más razonablemente que yo, que no me siento muy culpable por preferir pequeños problemas que están más a mi alcance, y que me parecen mucho más interesantes, como el del lenguaje en particular. Además, me encontraba en México durante los "grandes acontecimientos" que ustedes mencionan, y los periódicos que yo leía les daban la importancia que creo que merecen: la de un golpe de Estado de algún sargento cubano (casi olvidado ya). Para los que aprecian a Francia, la impresión era molesta (en el extranjero, sólo se aprecia a Francia por el recuerdo del papel magníficamente liberador que su pueblo jugó en la historia) al ver este país venido a menos, hasta imitar a las pequeñas repúblicas febriles de América Central. Pero en fin. Al regreso, una escala de dos días en Marsella me dejó ver una gran ostentación de caras, de gorras de cuartel, de cascos, que recordaban hasta el punto de confundirse la época (añorada por algunos) del "Estado francés" y de su "milicia". Me fui a Venecia y ahí me encerré durante varios meses. Me gusta ese lugar que está fuera de la actualidad más que ningún otro que conozca. Pero, desde que regresé a París, no tengo la impresión de que la actualidad me pese mucho más que en Venecia. Sin duda me equivoco al advertirlo...

El nombre de Constanza

Entre los nombres más bellos propuestos bajo el cielo
Brilla con un destello de resplandores mate
El de Constanza

Con él bailaba mi pensamiento
Y luego se prosterna ante la recién nacida
Tesoro de toda la seriedad del mundo
Torbellino de sabiduría a su alrededor,

Lago frontera de los países germánicos
Torre bajo el duro sol de Aigues - Mortes
Néctar del Cabo libación del poeta

Constanza digna de su nombre orgulloso
Amad amemos a Constanza
Que nos abre el camino.

André Pieyre de Mandiargues

en la *Fisiología del gusto* "la influencia de la dieta en el descanso, el dormir y los sueños", y constata, a partir de mil observaciones: "En general, todos los alimentos ligeramente excitantes hacen soñar: las carnes negras, los pichones, el pato, la caza y sobre todo la liebre. Todavía se les reconoce esta propiedad a los espárragos, el apio, las trufas, los dulces perfumados, y la vainilla en particular. Sería un gran error creer que hay que eliminar de nuestras mesas las sustancias que de este modo son somníferas, ya que los sueños que generalmente producen, son de naturaleza agradable, ligera, y prolongan nuestra existencia, incluso durante el tiempo en que parece suspendida".⁶

Desde luego, hay cierta magia en esa transformación tan simple de los alimentos en sueños, en esa felicidad tan inmediata del organismo. Pero, más allá de la verosimilitud del fenómeno, hay una sensualidad que se está entregando, y de un modo menos anárquico de lo que parece. Por ejemplo, los personajes de Mandiargues, cuyos menús nos proporcionan con insistencia y placer, casi nunca se alimentan de carne roja. Sobre Rodogune, se precisa incluso, como si ella presintiera la catástrofe que la espera: "Rara vez admitía que mataran un pollo para ella, se abstenía totalmente de carne".⁷ Y de Damien, nos dicen que su madre "se preocupaba únicamente por darle de comer grandes pedazos de carne a todas horas del día... machacando reproches contra la repulsión que manifestaba ante una alimentación tan sangrienta".⁸ Más tarde, cuando empieza a escupir sangre, es justo después de haber pensado con pavor en la mesa "que estaba seguro de encontrar cargada, por el cuidado de su madre, con una pirámide de carnes rojas cuyo gusto desabrido le llenaba ya la garganta".⁹

Cuando los menús no son referencias literarias (*la Farsanto*, *Madame Bovary*), se componen generalmente de crustáceos o de pescados, que proporcionan el placer de abrirlos o desollarlos. Como si ese gesto tuviera la ventaja de evitar otro: cortar la carne. Además, el ingerir pescado contiene una parte de magia, ya se exprese con la ingenuidad

⁶ *Fisiología del gusto*, Meditación XX.

⁷ *Fuego de brasas*.

⁸ *El r... negro*.

⁹ *El m... negro*.

del "guardia de finanza" de *Mármol*, "que atribuía a un regimen compuesto únicamente de pescados, moluscos y crustáceos, unos recursos viriles que sobrepasaban con mucho lo normal", ya se exprese por la desviación del símbolo, que es menos inocente. Basta leer nuevamente, a este respecto, la descripción del lenguado que Vanina, en la *Azucena de mar*, sostiene en el hueco de la mano ("Tan pequeño, que estaba como transparente bajo el sol, las venas trazadas en rosa bajo la piel"), o la del mujol cefalo de Rodogune "que sus manos metían al agua y luego sacaban... pero el vientre muy blanco bajo la espalda azul estaba rajado del ano a los oídos, y sobre las manos de la mujer chorreaba sangre".¹⁰ La escena es descrita un poco más adelante, con maravilla, como el "acto ingrato de lavar un pescado muerto", que Rodogune convierte en una especie de danza. La expresión "lavar un pescado muerto", que parece salida de un diccionario de argot erótico, merecería en todo caso aparecer ahí: junto a "tragar el pescado sin salsa", cuyo significado no está muy oculto. Está claro que en Mandiargues, la nominación ayuda a superar antiguas repulsiones, tales como las que ya se manifestaban en los primeros poemas:

¿Anciarían ustedes al niño sucio de ollón que va a tenderse entre pescados

[muertos?]¹¹

Con esta evocación el comentario se interrumpe, y sin pesar... Porque con el pescado muerto es un sabor de infancia lo que vuelve, la marea baja y el gis por encima de todo. La luz del ensueño es la de dos ventanas altas, dos espejos de nubes en que el tiempo retrocede bastante lejos como para dar directamente sobre los acantilados de Normandía, sobre "esa misma belleza, toda paja y gis... que antaño cayó sometida en el tapete de un cuarto de hotel". Avalancha, desmoronamiento, arrodillamiento. Hay vínculos indudables, aunque mal definidos, entre la piel de las mujeres y la superficie de las rocas blandas. "¿Quién no ha pensado, al menos un día, en ver una montaña tendida a sus pies?"¹²

Bajo esa montaña blanda, envuelta en

rocas mojadas como un paño, el niño volteaba los pulpos para poner sus tripas al aire y hacer brotar la tinta; en ese mismo lugar, de Eros y de erosión, la marea llegaba y lanzaba su confusión...

Hoy, el niño es un personaje en el "espejo apagado" del libro; y el lector, de buena gana, da todas las claves de los

sueños por la dicha de una frase como ésta, acaso pronunciada ante un auditorio de piedras: "... las visiones de la ensueñación dejan en los ojos una debilidad inmensa..."¹³ □

Traducción de Aurelia Álvarez Urbajtel

¹³ Fuego de brasas.

Carta de Madrid Nuevos pobres, murallas chinas y leyendas negras

Bias Matamoro

En 1950 había un europeo por cada noventafricanos en las riberas del Mediterráneo. Hoy, la proporción ha cambiado: uno por cuatro. Además, el "mar nuestro" de los romanos se ha transformado en una frontera que, espejeante y movable, separa al primer mundo del tercero, según la vieja nomenclatura que ahora habremos de sustituir, por la desaparición de la otra *nomenklatura*.

En lanchas, en piraguas, en almadías, en bodegas, los del Magreb intentan llegar a la más cercana costa del desarrollo, la española. A veces, van y vienen, atesorando aceite de jachís en los más recónditos lugares de sus anatomías. Otras, se quedan y hacen lo que pueden, desde aprender español hasta subirse a un andamio con dudosas condiciones de seguridad.

La imagen popular del magrebí, sobre todo del marroquí, es la del vendedor ambulante de droga, el "camello". Tanto que "bajarse al moro" es una muletilla que significa "comprar droga". Todo se solapa en eufemismos: la sustancia es *costo* o *chocolate*, la unidad de venta es un *talego*. La mirada oblicua del moro, su melancólica cortesía, su media lengua, todo sirve para enfatizar el retrato del taimado invasor.

Pero el tópico del recién llegado se va matizando curiosamente en esta España súbitamente empujada al confin de los dos mundos. Lo clásico era pasar junto

a una obra en construcción y oír un fandango o una bulería, tal vez la evocación que el inmigrante hacía de sus pagos en Andalucía o la Mancha. Ahora, el andaluz o el manchego han llegado a capataces y aún a aparejadores. En el tablón hay trepado un hombre rubio que emite indiscernibles palabrismos: es un polaco. Un nuevo pobre, empujado por la apertura de las fronteras y la crisis económica del mundo ex comunista.

Es probable que el repartidor del butano, el mensajero de urgencias o el instalador de la televisión se expidan en un español rudimentario, duro, lleno de puntos suspensivos. Ya no son los españoles pequeñajos y morenos los que marchan al norte para saciar su desocupación, sino que son los gigantes pálidos de Centroeuropa los que desembarcan en una España más prometedor que sus tierras de origen.

En pleno Paseo de Recoletos he visto una escena propia del París de los veinte. Un ruso había instalado una tiendecita de curiosidades y ofrecía, por escasas pesetas, un repertorio residual de objetos que, seguramente, había logrado sacar bien que mal de su país: unos pocos frascos de caviar, medallones con la cara de Lenin, un gorro de piel (tal vez el suyo) y numerosos aperos militares: un capote, cinturones, enseñas.

En la París alocada, los grandes duques expulsados por el bolchevismo abrían

¹⁰ Fuego de brasas.

¹¹ La edad de Gís.

¹² El Cuadrante lunar.

las puertas de los coches a la entrada de los cabarets y restaurantes de lujo. Venían de una derrota. Pero estos retazos del Ejército Rojo vendidos como una curiosidad de paseo madrileño surgen de la victoria en una guerra mundial. Con esos uniformes se vistieron los combatientes que expulsaron a las huestes de von Paulus, tomaron el Berlín hitleriano y eternizaron al padrecito Stalin. A la vuelta de los años, su destino se asemeja al de los grandes duques arrojados a la dorada mendicidad de París. El icono de San Jorge se ha trocado en una efigie del Fundador. Tal vez sea el mismo bolchevismo el que ha dado el nuevo empujón hacia Occidente.

Negros de Guinea, morenos del Magreb, rubios de Polonia, van dando a las ciudades españolas una imprevista variedad de colores y acentos: eso que se suele llamar la humanidad y que vemos ordenadita en la página de los diccionarios que ilustra a la palabra *raza*. Es decir, precisamente, lo contrario de la categoría *humanidad*.

No es el menor cambio cultural tráfico por el desarrollo, éste de la "multiplicación" de España. Un país con una historia de expulsiones se transforma, en un par de décadas, en país de inmigración. Precisamente, mientras masculaba estas impresiones por el estrecho desfiladero para peatones que autoriza la calle madrileña, convertida en garage, leía *La leyenda negra. Historia y opinión* de Ricardo García Cárcel (Alianza), un historiador especializado en la Inquisición española y con un apellido materno que es toda una vocación. Más allá de la crónica puntual de las diversas vertientes del pensamiento encaminadas a censurar la opción histórica de España, este libro es una historia de la dialéctica ensimismamiento-alteración que, por seguir el vocabulario orteguiano, puede definir el drama histórico de España.

En los momentos de crisis, se ha acentuado en España el primer término del par: aislarse, unificarse, tomarse monótona, defenderse de ataques proliferantes, sentirse custodia paranoica de algo precioso y frágil: la hispanidad, la cristiandad, los valores morales de Occidente, o menudencias como la monarquía absoluta o la limpieza de sangre. Expulsar al judío, al moro, al morisco, al disidente, al heterodoxo, al rojo, y quedarse a solas, en un universo donde España es

autosuficiente y puede prescindir psicóticamente del mundo.

Mirado desde dentro, este complejo de soberbia y, al tiempo, de inferioridad, ha sido denominado, a la defensiva, "la leyenda negra". Quien inventó la denominación no pudo tener un apellido más paradójico: se llamaba Julián Juderías. Buena parte de la negra leyenda proviene, precisamente, de las juderías vaciadas por la expulsión de 1492. España, que se abría a la inopinada diversidad del mundo por medio de la aventura en las Indias (luego convertida en la conquista de América) se cerraba, contemporáneamente, a la diversidad interior. Se habría de ahorrar, con ello, las guerras de religión. También, un movimiento ilustrado fuerte y decisivo.

Lo curioso de la leyenda negra es que fue iniciada por tres españoles: Reginaldo González Montes, Bartolomé de las Casas y Antonio Pérez, bajo el pseudónimo de "Rafael Pelegrino", todos escritores del siglo XVI, un siglo de utopías, conquistas, europeísmo imperial y autocrítica.

En rigor, lo de la leyenda negra está destinado a suprimir, por extraño y agresor, a todo pensamiento que cuestione la identificación entre España y el catolicismo. Lo demás viene por añadidura: para difundir la religión revelada, hace falta una monarquía absoluta y vencer a los paganos, los musulmanes y los herejes. Cualquier intento intelectual que pretenda separar razón y revelación es manifestación de una enemiga contra España y, a través de ella, contra la religión revelada y el Gran Revelador, el Fundador de la Historia y Mantenedor del discurso fundacional: Dios. Credo y milicia van juntos, el martillo de las brujas y la espada de Trento batallan por una verdad única, definitiva y permanente.

El peor de los Quevedos, el de la *España defendida*, escribía en 1609: "¡Oh, desdichada España!... ¡Por qué causa sea digna de tan porfiada persecución!... No nos basta ser tan aborrecidos en todas las naciones, que todo el mundo nos sea cárcel y castigo y peregrinación..." De aquí arranca, tal vez, la dura "defensa de la hispanidad", que no sólo hace hincapié en lo diferencial del español, sino en su mismo carácter excepcional. Pueblo creado directamente por Dios, sin mediación de la historia España es como el Israel de la cristiandad, la nación que ha pactado con el supremo la gestión de su causa en este mundo.

En los últimos años, Europa comprueba la perversa buena salud que exhiben sus movimientos xenófobos. Llama la atención que sea España uno de los países menos afectados por estos rebrotes ultranacionalistas. Ello puede obedecer a que la presencia de extranjeros es relativamente muy menor que en Francia, la Francia de Le Pen, digamos. Otro factor puede ser la existencia de xenofobias más o menos instaladas y reconvertidas culturas autoexcluyentes: los vascos quieren prescindir de los españoles, los españoles quieren prescindir de los gitanos, etc.

Prefero razonar por el "lado bueno". España, que ha llegado después que otras hermanas europeas, a la multinacionalización, la apertura y el desarrollo, está fascinada por la novedad y contempla con cierta complacencia cómo la abordan negros, morenos y rubios. Por una vez en su historia, la crisis no produce una montante de leyendas negras, sino de leyendas rosas. España no es grande por su unidad sino por su diversidad; no por su monotonía, sino por su pluralidad. Que es, de algún modo, la hijuela histórica de esta nación mechada de cartagineses con iberos, de romanos con maragatos, de godos con tartesios, de árabes con judíos.

Xenofobia y paranoia van juntas y se subliman en la ideología nacionalista. Una comunidad en crisis se ve tentada de creer que los males son el resultado de un agente exterior, del cual hay que apartarse, al cual hay que aislar y eliminar. Los judíos de Hitler y los moros de Le Pen. Pero hay más: hay una reacción contra el movimiento de la historia, que tiende a la internacionalización de la vida. Le Pen quiere armar a Juana de Arco para aliarse con Saddam Hussein y expulsar de Francia a los burócratas del Mercado Común y a los imperialistas de la OTAN. El discurso que en España sostienen las ínfimas agrupaciones de ultraderecha, como la CEDA o las Juntas Nacionales. Un discurso que, en ocasiones, se confunde con los entusiasmos intermitentes de una izquierda residual. No es la primera vez que estas temibles coincidencias pueden acreditarse, a partir de la confusión de ideales que hemos disfrutado desde que Stalin proclamó la experiencia, contraria al internacionalismo clásico de las izquierdas, del "socialismo en un solo país". No faltó el socialismo en una sola familia (Ceauescu

en Rumania) y aún el internacionalismo en un solo país (la isla de Castro definida por Marchais).

El discurso dominante en España, al menos desde la transición y, acentuadamente, desde la llegada del PSOE al poder (1982) es el que podríamos denominar "la mirada cenital", por oposición a la hipnótica "mirada umbilical" del nacionalismo. En lugar de extasiarse contemplando la única e incomparable pelusa que acumula nuestro ombligo, recorrer el mundo como espejo.

Cada vez que debe proponerse algo bueno, se invoca el ejemplo de "los países de nuestro entorno". Viceversa, cuando algo va mal, se dice que dichos países lo hacen al revés. Es una fórmula simplista y mágica, pero tiene la enorme cualidad de obligarnos a estar en el mundo. España cuenta, pues, con un

afuera, al revés del vacío que rodea a la nación de los nacionalistas, transformada en universo.

Ahora bien, en ese afuera están los viejos y los nuevos pobres. Los magrebies y los centroeuropeos ¿Los habremos de echar detrás de una muralla china, tan difícil de mantener como el muro de Berlín? Lo prudente sería ofrecer a la Europa Oriental y al África norteña un programa de desarrollo que vaya limando las diferencias entre Unos y Otros, como ocurrió en la España de los años sesenta. Polacos, húngaros, checos y marroquíes pretenden ingresar, tal vez todos juntos, a la Comunidad que codician, también juntos, los turcos, austriacos, noruegos y finlandeses. Tal vez, los suizos y los suecos. Como para arrancar la hoja ilustrada de la *raza* y llevarla hasta la palabra *humanidad*. □

en donde se escuchaba la música de la época sagrada más remota. Durante tres meses el sabio chino permaneció en aquel lugar para aprender los secretos de la música Shao y estuvo tan embelesado que durante ese tiempo se olvidó de comer. Aquellos sonidos que venían de más allá del cielo y de la muerte sólo le permitieron decir "Nunca hubiese creído que la música pudiera llegar a tanto".³ El sinólogo Richard Wilhelm ha revelado en su libro sobre Confucio el temperamento de un filósofo que vivía la música como una realización de la "suprema belleza y de la suprema bondad". En la construcción ética de un estilo de vida el sabio chino comprendió que una conducta armónica debía de ser precedida por un espíritu armónico que podía engendrarse con la música. Confucio sabía ejecutar elegantemente la cítara y la piedra sonora. "La piedra sonora consistía, escribe el traductor del I Ching, en una serie de placas de nefrita, lisas y colgantes, de diversos tamaños, cuyo sonido claro y puro era producido golpeándolas con plectro."⁴ Según Confucio un hombre sabio podía conocer la personalidad moral de quien tocaba la cítara y las placas de nefrita pues la manera de hacerlo era el equivalente sonoro de los sentimientos y emociones de los músicos. Una tarde fría e incómoda que permitía que el viento estropeara las hojas de los árboles Confucio se retiró a un rincón de su casa para tocar la cítara. Dos de sus discípulos que disfrutaban de la música escuchando detrás de la puerta se sorprendieron cuando las notas que el maestro tocaba dejaron de ser armoniosas para el espíritu y se convirtieron en una máscara fea y oscura. Preocupado, uno de los discípulos se atrevió a interrumpir al maestro para preguntarle que es lo que había sucedido. Confucio le contestó que frente a él corría un ratón que con gran susto trataba de huir de un hambriento gato y que ese sentimiento se había reflejado en su música. Semejante filosofía de la correspondencia entre los sonidos y los sentimientos tal vez nos deje tan sorprendidos como el gato confuciano dejó al ratón chino. Joseph Needham también ha escrito algunas reflexiones

Tinta china

Un filósofo enemistado con la música

Hugo Diego Blanco

En 1931 un europeo lúcido y excitado inició un viaje por Asia. A pesar de ser un escéptico de la trama de la sabiduría oriental y de sus propios conocimientos se atrevió a escribir un libro que, años después, lo dejaría insatisfecho hasta el grado de sacarlo de quicio. *Un bárbaro en Asia* es la crónica filosófica que Henri Michaux imaginó después de hacer un viaje al que le faltó "mucho para ser real"¹. Por uno de aquellos "países de invención ajena", como los llama Michaux, también viajó Victor Segalen quien escribió un diario poético de sus viajes por China al que dio el título imaginario de *Viaje al País de lo Real*.²

Segalen aprendió a reconocer antes de haber visto y Michaux a conmoverse con la música china. De la misma manera que se escucha una confesión podemos oír estas palabras: "Igual que a ciertas personas les basta abrir un libro de tal autor para ponerse a llorar sin saber por qué, a mí me basta oír una melodía china para sentirme aliviado de mis errores y de mis malas inclinaciones y de una especie de excedente que me aflige a diario." Confucio pudo haber entendido la emoción de Henri Michaux pues, según una crónica, el filósofo chino encontró en las puertas de Schun a un niño singular que caminaba con un jarro en las manos. Confucio ordenó a su cochero que siguiera al niño de la mirada despierta y así llegaron a un paraje

³ Richard Wilhelm, *Confucio*, Traducción de A. García - Molins, Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 18.

⁴ *Ibid.*, p. 26.

¹ Henri Michaux, *Un bárbaro en Asia*, Traducción de J.L. Borges, Ediciones Orbis, Barcelona, 1986, p. 17.

² Victor Segalen, *Viaje al País de lo Real*, Traducción de Cristina Peri - Rossi, José

J. de Olañeta Editor, Palma de Mallorca, 1985, 78 pp.

sobre la palabra *lí* que designa en los códigos legales chinos a los "estatutos" y "regulaciones" pero que al mismo tiempo sirve para nombrar "la serie de diapasones de bambú que se usaban en la música y la acústica antiguas, y los doce semitonos que estos diapasones representaban".⁵ Esta identidad ha hecho que Needham se pregunte sobre la conexión entre las leyes del sonido y las leyes de los legisladores humanos.

Un filósofo menos conocido que Confucio, pero que hace dos mil años era tan influyente como aquél, no sólo contradujo las enseñanzas morales y musicales del célebre pensador chino sino que llegó a formular una doctrina que prohibía la música y los rituales funerarios tan apreciados por el confucianismo. Mo Ti es el nombre del filósofo que vivió en las accidentadas épocas de Primavera y Otoño y de los Reinos Combatientes, es decir entre los siglos V y IV antes del calendario cristiano y que ha sido considerado como el primer adversario de Confucio. Es probable que Mo Ti haya escrito algunos libros pero no se conserva ninguno de ellos. De la misma manera que los evangelistas, los discípulos de Mo Ti recopilaban frases y episodios de la vida de su maestro y formaron así un libro que lleva el nombre del filósofo: *Mo Ti*.⁶

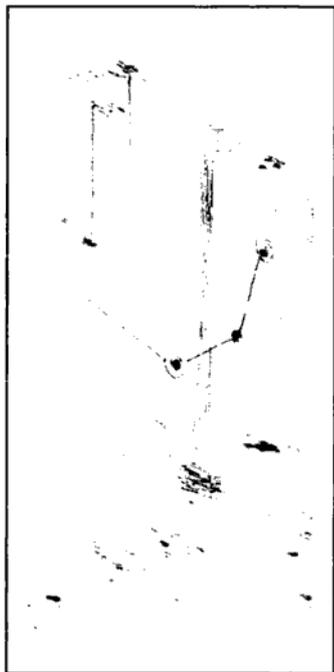
La idea central de la filosofía moísta es la política del amor universal. Su ética es utilitaria pues según su opinión únicamente las cosas útiles al bien común y al provecho recíproco pueden considerarse como expresión de la "voluntad del cielo". El hombre de virtud, dice Mo Ti, se aplicará a promover el bien en el mundo y a erradicar de él todos los males. Quien haya hecho suya la virtud *en* (amor al hombre) tomará como regla de vida el abandono del ocio y la contemplación. Las razones por las cuales Mo Ti reprobó el gusto por la música se desdoblaron en una ética de la austeridad que inevitablemente conduce a un insomnio espiritual y prefiguran casi proféticamente una doctrina que en el siglo XX levantará un libro rojo para

borrar los ideogramas de noventa y nueve escuelas de pensamiento; la cultura china vive ahora como una anciana aislada en su propia casa. La enemistad que la escuela moísta sentía por la música era una forma de mostrar su aversión por la filosofía de Confucio. Aunque nunca negaron que la "música de las campanas, tambores, violines, flautas y organillos" produjera agradables combinaciones sonoras, ni se atrevieron a restar belleza a las esculturas ni a los valles y ríos, los moístas reprobaron la música porque los artistas quitaban el "vestido y la alimentación del pueblo" para satisfacer sus ojos con cosas bellas. También los acusaban de deleitar sus oídos, paladear manjares exquisitos y gozar de comodidades y reposo.

En *Del arte de persuadir* Blaise Pascal asegura que existen dos puertas por las cuales las opiniones pueden entrar en el alma: el entendimiento y la voluntad. La primera tendría como instrumento a la demostración y la segunda al deseo de creer. Mo Ti empleó ambos procedimientos para construir un reino guiado por el "amor universal" en donde los instrumentos musicales serían fundidos para construir martillos y azadones y los dedos de violinista que Michaux vio en cada chino se utilizarían exclusivamente para cultivar arrozales. Como todo en China era referido a la tradición y a la historia de los emperadores más antiguos, los moístas encontraron en un texto del emperador T'ang una justificación de sus argumentos. "Los bailes ininterrumpidos en palacio son cosas de brujos —dice un escrito titulado *Castigos oficiales*—. Se castiga por ellos a los señores con multa de dos *wei* de hilo de seda... ¡Ah! ¡Tanta danza! ¡Tanta palabrería vana!... Las nueve provincias van a la ruina. Nos sobrevendrán toda suerte de calamidades. "También moralizaron la historia del emperador Ch'i quien fue conocido por su gusto a la ociosidad, los placeres y la música y su desgracia fue atribuida a que el Cielo reprobaba que bajo su mandato decenas de millares de danzantes ejecutaran sus bailes. El altruismo sin espíritu que Mo Ti predicaba dio forma a una elemental doctrina política más que a una filosofía. No quería el cielo en la tierra sino la tierra en el cielo. Menos que al poder, criticó a los poderosos y sus excesos. El hecho de que el duque K'ang tuviera afición por los conciertos que eran ejecutados

por diez mil músicos que se presentaban elegantemente ataviados con gruesos vestidos de paño y seda llevó a Mo Ti a la helada conclusión de que el gusto por la música era tan destructivo para el reino como las guerras de invasión. "Los reyes y grandes señores no hacen más que oír música —puede leerse en el *Mo Ti*— robando la comida y vestidos del pueblo al obligarle, tantas veces, a ejecutar música para ellos."

La devoción de San Agustín le permitió renegar de la música y confesar que comería un pecado que merecía castigo por emocionarse más por el canto que por lo que se cantaba en la iglesia. Pero se reconciliaba cuando reconocía en las melodías el alma de Dios bajo la forma de palabras. Tal reconciliación no fue practicada por el filósofo chino enemistado con la música. No escuchó el ritmo de las estrellas y las montañas, de los insectos y las gotas de la lluvia. Tampoco escuchó las palabras de otro filósofo chino que en voz baja dijo: "Indagar los principios de cosas que escapan a la inteligencia humana, ejecutar acciones extraordinarias que parecen ajenas a la naturaleza del hombre. He aquí lo que yo no desearía hacer." □



⁵ Joseph Needham, *La Gran Titulación* (ciencia y sociedad en Oriente y Occidente), traducción de M. Teresa de la Torre, Alianza Universidad, Madrid, 1977, p. 312.

⁶ Mo Ti, *Política del amor universal*, estudio preliminar de Fernando Mateos, traducción y notas de Carmelo Elorduy, Editorial Tecnos, Madrid, 1987.

Notas italianas

Silencios, ruidos, palabras

Valerio Magrelli

DESTERRADO DE LA PALABRA

La punta de la lengua representa esa parte mágica del cuerpo y del lenguaje a la que se atribuye la sensación de esfuerzo causado por la búsqueda de una palabra olvidada. La punta de la lengua, por lo tanto, representa en cierto modo el miembro fantasma del lenguaje y provoca la misma impresión de tormento que experimenta quien, en un sueño, se pone a leer o cree que está leyendo, o sea cuando los caracteres parecen al mismo tiempo familiares o indescifrables, dispuestos ordenadamente sobre la página y listos a esfumarse. Se trata de experiencias conocidas por todos, si bien indudablemente poco comunes. ¿Pero qué ocurriría si nuestra capacidad receptiva se rompiera, aun sin dejar de funcionar, en una infinidad de partes pequeñas? "Y los ojos seguían cada uno por un camino diferente, llevándolo a la letra que yo acababa de mirar".

He ahí el tema de un libro desgarrador: *Un mundo perdido y reencontrado* (*Un mondo perduto e ritrovato*, Editori Riuniti, 1991), que integra, junto con *Una memoria prodigiosa*, el díptico de las "novelas neurológicas" que Aleksandr Romanovic Luria escribió inspirándose en los *Retratos imaginarios* (*Ritratti immaginari*, Editori Riuniti, 1972) de Walter Pater. Traducido al italiano en 1972 y vuelto ahora a publicar por Editori Riuniti, el libro habla del soldado Zasetkij, herido en el cráneo en un combate en 1943. En el prefacio, Oliver Sacks nos recuerda que la segunda guerra mundial, proporcionó a la neuropsicología un abundante espectro de cuadros clínicos. Analizando los daños que aquella tragedia colectiva provocó en un solo individuo, estudiando la disgregación de funciones mentales específicas producidas por una sola bala, el

gran científico soviético nos entregó un retrato para nada fantástico, un caso clínico tan estremecedor que constituye el paradigma mismo del abandono, el abandono de un hombre por parte del lenguaje: "Y zumban nubes de palabras como abejas, relumbran proposiciones inconexas entre las cuales hay que elegir la correcta". "¿Adónde van las palabras olvidadas?", parece preguntarse Zasetkij. Su pregunta queda sin respuesta: "Los conceptos desaparecen de la mente, por algún lado se hunden en la vorágine de la falta de memoria". Todo se volatiliza, como chupado por una nada que carece de lugar. "Si observo por ejemplo la palabra *golovokruzenie* (marco) mientras miro la letra O, se escubullen de mi campo visual, hacia la izquierda, la O y la L". La destrucción de las llamadas células estrelladas llega todavía más lejos. A la par del lenguaje, también el cuerpo se difumina, se ausenta, sus trayéndose a cualquier percepción. Nos parece entonces oír a Henri Michaux bajo el efecto de la droga: "De repente me doy cuenta, con terror, de que me falta la mitad derecha, mis manos y mis pies... ¿En dónde se escondieron?"

Pero, debido a que la herida que destruyó sus aparatos visual-espaciales no llegó a afectar los visual-motores, Zasetkij descubre que puede practicar un tipo particular de escritura automática. Dejándose guiar por las "melodías cinéticas" (esos movimientos aprendidos por hábito en los años anteriores a la herida), puede ver cómo el texto mana por sí solo, no obstante que, cruel paradoja, está incapacitado para leerlo: "Solamente puedo recordar y escribir con los pequeños jirones de memoria deshecha que siempre intenté y sigo intentando consolidar, pegándolos entre sí en mi cerebro dañado". El testimonio de su afasia mental, es decir la descripción de

este cerebro mutilado y consciente de su mutilación, llegó a nosotros justamente gracias a este expediente, a lo largo de las tres mil páginas de un diario escrito durante veinticinco años de sufrimiento. Por ello, observa Lurija, "es difícil que encontremos en toda la historia de la humanidad un texto cuya redacción haya costado un esfuerzo tan infernal y tormentoso y que, por añadidura, sea inaccesible a su propio autor".

Surge de esta manera un diario ciego, escrito sólo para que otros lo lean. Mientras que en la *Recherche* proustiana la escritura rescata y reedifica el sujeto, Zasetkij puede existir sólo en el acto concreto de escribir, en la onda de una melodía a la cual puede entregarse pero que no consigue atrapar. Su memoria es la única corriente que le permite remontarse hacia su yo fantasma. Desterrado de la palabra, despojado de su capacidad de organizar el mundo, arrojado a una suerte de analfabetismo perceptivo, este enfermo es el verdadero mártir del lenguaje, un hombre alejado de sí mismo: "De esta forma me acuesto sobre mi costado derecho, o me siento sobre la cama. Me siento y trato de recordar algo del pasado, pero no consigo extraer de la memoria nada de lo que esperaba. Entonces no pienso en nada y me vienen a la mente numerosas palabras, las melodías de algunas canciones, y yo canto para mí mismo, en voz baja".

EN EL ALTAR DEL DIOS RUIDO

Acaba de terminar la campaña contra los ruidos organizada por el periódico *Messaggero* de Roma durante las dos últimas semanas. El enorme número de denuncias que se recibieron en el número telefónico puesto a disposición de los lectores (el número verde 4720224) atestigua el malestar acústico que acompaña a todo aquel que vive en una metrópoli. Ya no es cuestión de hipersensibilidad o de misantropía: nadie puede ya tolerar el choque de la onda sonora en la que vivimos inmersos constantemente como en un agua madre.

Lo que más impresiona cuando se leen los reportes que aparecieron en las páginas de la crónica ciudadana, es la increíble variedad de estímulos. Del tránsito a la construcción de edificios, de los aparatos de aire acondicionado a las alarmas de los coches, de los perros a los mirlos, pasando por la voz humana y el

sonido de radios y televisiones, todos los pretextos son buenos para violar el derecho ajeno al silencio. En efecto, en la raíz de semejante barbarie se encuentra la abolición de este derecho o, mejor dicho, el olvido más absoluto de las razones en que se funda. En las salas de espera o en los aviones, en los autobuses turísticos o en los restaurantes, reina hoy un auténtico miedo al vacío auditivo. Precisamente este *borror vacui* anima a los nuevos monstruos a rellenar el aire de sonidos, ruidos, noticieros, en suma cualquier cosa con tal de rajar la intolerable percepción del silencio.

Hace tiempo se viene hablando de la invasión acústica que ha transformado irremediablemente nuestras ciudades por obra de la difusión de las alarmas automovilísticas. Gritos insistentes, repiqueteos, impulsos, intermitencias: la tupidísima red de las alarmas, se ha escrito, ha reducido nuestro paisaje a un único e inmenso *detector*. El mensaje lanzado es siempre igual y corresponde al bárbaro balbuceo de una propiedad privada sorprendida en su aspecto ferozmente individualista. Las reglas más elementales de la convivencia civilizada no tienen importancia frente al robo del vehículo. Lo que más sorprendía ante esta brutal violación era sobre todo la aquiescencia general. Sin embargo, después de poco tiempo, la reacción de la opinión pública nos indica qué tan profundo se ha vuelto el malestar, el dolor, por esta violación del espacio privado.

Un artículo de Guido Ceronetti que apareció en marzo de 1991 en el *Corriere del Ticino* recordaba que según Carl Jung la pasión juvenil por producir ruido con la moto se conectaba con un instinto tácticamente suicida. A partir de estas reflexiones, Ceronetti meditaba sobre la esencia dionisíaca de la música juvenil: "En su ascenso irresistible, el rock ha sacralizado por doquier el instinto suicida, erigiendo tanto en los estadios como en los palacios de los deportes unos inmensos templos provisionales al Dios del Ruido, coagulado en ritmos de choque estelar y de simuladas agresiones bélicas, en combinación con gritos de víctimas sacrificadas hasta el paroxismo por la eyaculación sonora de los verdugos".

Pese a que se limitaba a señalar el carácter en cierto sentido amateur y artístico del caos, la invectiva apuntaba perfectamente a su raíz nihilista, destructiva y autodestructiva. Pero en el mes de

junio, como si quisiera proponer un antídoto para ese cuadro trastornado y enfermizo, Ceronetti volvió sobre el tema esbozando la imagen de un joven sentado en el metro o en un tren, "una cabeza con la nuca cruzada por un cable negro cuyos extremos terminan en las dos orejas". Ante el fragor de la multitud, he ahí al individuo que cultiva su pasión en silencio, recogido en sí mismo. Toda la descripción emana un toque evidente de simpatía: "Debe tratarse de alguien que se ha puesto en comunicación con la armonía de las esferas, o absorto en capturar los inaudibles lamentos de una supernova. Tanto él como yo no amamos el contacto excesivo con los sonidos que nos envuelven y quisiéramos ser unas islas".

Por desgracia, Ceronetti estaba equivocado. Todo aquel que se ve obligado a viajar en tren conoce perfectamente el irritante zumbido del *walkman*. Hace tiempo Grazia Cerchi comentó cariñosamente la frase latina *in angello cum libello* (en un rincón con un librito). Bien, intenten hacerlo en tren, rodeados por los replicantes con audífonos.

Estos adictos al *walkman*, perdidamente encadenados a su flebotomía sonora, recurren a la música con la misma ansiedad que otorga la abstinencia. Pero la cuestión es otra, o sea, una vez más, la ilusión del silencio. En realidad, sus aparatos son, por así decirlo, de "un solo sentido". Quien los usa, se aísla para entrar en un mundo hiperhuraño, pero quien está a su lado se ve obligado a "escuchar" su aislamiento. Estos artilugios son muelle-música, filtros, depuradores. El afortunado poseedor los disfruta mientras que a los demás no les queda otra cosa que la mondadura, la escoria, los residuos filtrados por la criba auditiva. Desde luego no es igual que una radio a todo volumen, pero el principio es el mismo: éxtasis parasitario. El prójimo, el vecino, tiene que padecer, pagar con su displacer el placer del otro.

Quizá algún día quien pida silencio logre obtenerlo. O, por el contrario, se llegue a un sistema de invasión acústica omnicompreensivo y capilar, capaz de introducirse en los cementerios, en las criptas, entre las tumbas, vía-ataúd. ¿Qué tendría de raro, después de todo? Si toda civilización ha regalado a los finados el bien más precioso para ella, es lógico que la nuestra deje a los suyos, como un dulce viático, su bien supremo,

o sea el ruido. O tal vez todo esto esté inextricablemente relacionado con nuestra cultura mediterránea, como sugirió Auden en un espléndido poema titulado *Good-bye to the Mezzogiorno*. Lejos del norte gótico, explica Auden, los griegos y sus herederos, distintos de los pálidos hijos de las papas, de la cerveza o del whisky, los griegos y sus herederos no pueden más que nutrirse de un fragor necesario, sustancial, teológico: "Podría ser esta la razón/ por la que quitan los silenciadores a sus Vespas./ suben al máximo el volumen de sus radios/ y festejan con detonaciones el menor santoruido/ como una fórmula mágica, una manera de decir/ *Buu* a las *Tres Hermanas*: 'Seremos mortales todo lo que quieran./ ¡Pero entre tanto aquí seguimos todavía!'"

CUADRANTES, CINTAS, NUDOS

Entre las palabras *podovilloso* y *posfardio*, el *Diccionario italiano* de Tommaso-Bellini registra cincuenta y cinco miembros de una misma familia. Encontramos ahí seis verbos, nueve adjetivos y treinta y siete sustantivos. A partir de esta especie de censo lingüístico, hace unos años quise examinar el conjunto de términos que en italiano se cristaliza, después de la letra "p", en torno al dip-tongo "oe". Volver ahora a ese examen puede servir tal vez para ilustrar la complejidad terminológica de un acto que por lo general aparece rubricado bajo una sola entrada. Sin detenerme en las infinitas reacciones en cadena que se producen a partir del étimo griego (ese núcleo del cual se ha liberado una energía teórica que desde Heidegger a Gadamer atraviesa todo el presente siglo, conectando la reflexión de Valéry con las investigaciones de la Escuela de Konstanz), quizá valga la pena analizar el área semántica que nuestra lengua destina para la descripción de la actividad poética y de sus componentes, derivados o afines.

Limitándose a los puros sustantivos, hay que ver cómo éstos se colocan en los cuatro puntos cardinales de un hipotético sistema operativo. Dieciocho se orientan hacia su sujeto, catorce hacia el objeto relativo. Se obtienen así los dos primeros polos de una ideal rosa de los vientos (el septentrional "poeta" y el meridional "poema", con todos sus derivados, diminutivos, despectivos. Aunque

arcaico, el primero de los cinco nombres que sobran parece el más adecuado para representar el oriente de la escritura. En efecto, con respecto a la duplicidad del término "poesía", "poesi" [poiesis. T.] podría indicar el arte de hacer versos, sin referirse también al producto.

(Aquí, de pasada, habría que recordar un pasaje en el que Paul Ricoeur sostiene que, si explicitar consiste en liberar la estructura —es decir las relaciones internas de dependencia que constituyen la estética del texto—, interpretar significa emprender el camino indicado por el texto, "ponerse en marcha hacia el oriente del texto": aun proferida en un ámbito totalmente distinto, también esta afirmación delata un sentimiento eminentemente espacial de la escritura).

La palabra "poesía" constituye uno de los muchos ejemplos de esas fusiones léxicas que, lo mismo que los grados intermedios previstos en el cuadrante de la brújula, se sitúan a caballo de los ejes principales: vale decir, Este-Sur-Este, Sur-Este, Sur-Sur-Este. Precisamente por esta ambigüedad constitutiva es mejor atenderse a expresiones unívocas como "poeta", "poiesis" y "poema". A dichas expresiones pueden remitirse tres de los cuatro vocablos remanentes, es decir, *poeticato*, *poetaggine* y *poeticheria* (*), que, definibles como cualidades del sujeto o del objeto, indicarían el grado de "poesi" presente en el poeta o en el poema. Así, el sustantivo que queda, "poética", puede instalarsé con todo derecho en el lugar dejado vacante en Occidente.

En cuanto sinónimo de "tratado sobre el poetizar", este término exhibe en efecto una naturaleza eminentemente metaoperativa que lo caracteriza en forma explícita. No se advierten en él las oscilaciones ya observadas, mismas que se perciben también en el suntuoso "poetría", una palabra capaz de cubrir tres sectores distintos como son los de "poema", "poiesis" y "poética". Se constituye así un peculiar círculo dividido en cuatro que, si bien empírico, no por ello carece de cierta congruencia.

Claro está que ante este rápido *bricolage* léxico se podrá objetar que la fuente utilizada es un diccionario del siglo pasado. Pero semejante elección no pa-

rece susceptible de correcciones profundas. Viéndolo bien, más que por las cuatro nuevas ocurrencias que acreditan los diccionarios italianos actuales (*poeticismo*, *poeticità*, *poeticizzare*, *poetismo*), más que por las ingeniosas variaciones que inventó en los últimos años Gianni Toti, más que sobre el *poetese* propuesto por Edoardo Sanguineti, habría quizá que preguntarse sobre el burlesco *pobète* al que recurría Jacques Vaché para reirse de la literariedad de su amigo Breton, con esa "h" insinuante, feroz.

Frente a estos leves retoques, mucho más radical resulta el cambio de angulación denunciado por Philippe Sollers, cuando ya en 1965 observaba: "Hoy la cuestión esencial no es la del *escritor* y la *obra*, sino la de la *escritura* y la *lectura*; por consiguiente, hace falta definir un nuevo espacio en el que estos dos fenómenos podrán comprenderse como recíprocos y simultáneos, un espacio curvo, un ámbito de intercambios y de reversibilidad en donde nos hallaremos por fin en el mismo lado de nuestro lenguaje". Más tarde, comentando este pasaje, Gérard Genette hablará del *texto* como de una figura topológica en donde, por una constante torsión, la cara interna y la externa, la significante y la significada, la de la escritura y la de la lectura, cambian de lugar incessantemente.

Desde luego, una impostación semejante, al demoler la directriz Norte-Sur "poeta" - "poema", altera en forma irremediable el dispositivo que hemos derivado del modelo geográfico. Con todo, rosa de los vientos o anillo de Moebius, cuadrante analógico o circuito no euclidiano, la actividad poética sigue presentándose como un fenómeno de organización espacial dinámica; no estado, sino proceso, campo de fuerzas, trenza de funciones, algo así como una "sociedad de la mente", un retículo de sinapsis lingüísticas. Es ésta la experiencia de la complejidad que siempre he experimentado en mi búsqueda poética, y en este sentido advierto una viva solidaridad con una buena parte de la ensayística contemporánea que me ha formado.

No creo excesivo afirmar que la variedad y el interés de la producción en verso de los últimos años se debe, al menos en parte, a la riqueza de las investigaciones críticas que se han desarrollado paralelamente. En efecto, me parece que entre creación poética y reflexión teórica se ha ido creando una afinidad basada en

un concepto espacial y en cierta forma "táctil" de la escritura. Aún más: creo que podemos hablar de un auténtico cambio de la noción de texto ocurrido en el transcurso de este siglo. Así como Franco Fortini afirmaba que decir "poeta" en Berkeley no es lo mismo que decirlo en Ciudad de Guatemala, me parece igualmente indudable que decir "poema" hoy no es lo mismo que haberlo dicho en 1930. Difracciones espaciales, difracciones temporales...

Esta modificación, además, se acompaña de otra que no me parece de menor interés. Me refiero al tipo particular de "poetización" de la prosa a la que aludí por ejemplo Victor Brombert en un estudio sobre Victor Hugo: "¿Es posible examinar una novela con el cuidado, la sutileza y la plena conciencia del propio oficio con los cuales la buena crítica aborda las obras maestras de la poesía? Y en todo caso, ¿no debería ser ésta la meta anhelada?". Extendida a las obras narrativas, esta mayor capacidad receptiva me parece representar uno de los rasgos culturales más típicos de nuestro tiempo.

Gracias a la difusión capilar de nuevas técnicas de auscultación, desciframiento y pesquisa, todo producto literario es ya susceptible de ser tratado como un objeto poético, y lo demuestra por ejemplo la impresión de intensa corporeidad en la que Roland Barthes se detuvo largamente: "Si hundimos un clavo en la madera, la madera resiste en modo distinto según dónde la penetramos: se dice que la madera no es isotropa. Tampoco el texto es isotropo: los bordes, las grietas son imprevisibles. Tal como la física tiene que adaptarse al carácter no isotropo de algunos ambientes y algunos universos, así será necesario que el análisis estructural reconozca las mínimas resistencias del texto, el dibujo irregular de sus venas". Emerge de esta página, como de muchas otras escritas en las últimas décadas, un sentimiento de la escritura energético, espacial, matérico. Nos hallamos pues frente a un cambio en la percepción del texto. Esta diferente relación con el signo, este nuevo patrimonio emocional y al mismo tiempo cognoscitivo, creo que representa el primer elemento de una futura comunidad intelectual, una comunidad que vincule la recepción de cualquier fenómeno literario con esa suerte de magnetización de la palabra que es propia del acto poético. □

Traducción de Fabio Morábito

* El primero de los tres términos sugiere una poetización cavilosa, el segundo una insuficiencia o distraída, y el tercero una poetización degradada y ornamental (N. del T.)

Carta de París
Di, ¿qué es América?

Jean-Claude Masson

...ebrios de un sueño heroico y brutal.
Heredia, "Les Conquistadors", *Les Tropiques* (1896).

Cuando pienso en el descubrimiento de las Américas, una vez enviadas a la bodega de la utilería las carabelas con la cruz izada a los cuatro vientos, los caballos enjaezados, las armaduras centelleantes o inmundas, las espingardas, los trabucos, las escopetas por un lado y por el otro, los penachos abigarrados y los taparrabos, las plumas de colibrí y de quetzal, los tambores y los cuchillos de obsidiana, la ablación de corazones y los muros hechos con calaveras, lo primero que me viene a la mente es el roce de dos miradas. No pienso en el hiato entre los españoles del fin de la Edad Media, con frecuencia incultos y con taras diversas —pero también, un puñado de caracteres bien templados, almas feroces, bravos, de una pieza— y los indios, molidos por los rituales, que jamás habían conocido otra raza ni otro continente. No repaso, en cámara lenta, la película de los primerísimos encuentros con los caribes de las Antillas, que pronto caerían en la catástrofe o bien, el arribaje a Tierra Firme, en las costas fiebradas de Veracruz. La imaginación no queda satisfecha con las convergencias entre el *altiplano* mexicano y la *meseta* española, ni con sus diferencias irreductibles: la extrema dilatación, la prolijidad del espacio americano, la estufa húmeda de la Costa del Golfo comparada con el tufo de Extremadura, la selva lujuriosa con el paisaje austero y calcinado del sur de la Península. No, la imaginación ve dos miradas: ojos que se asombran, se espian, se tasan, se fijan, se bajan y se elevan. El peso de dos mundos sostenido por un hilo invisible.

Los libros repiten que Malintzin fue la intérprete y la amante de Cortés. Poco

importa, aquí, que esta mujer haya traicionado su raza para combatir "el imperialismo azteca". ¿Cómo aprendió el español esa joven india? Sabemos que no lo hizo en los libros, así como éstos no dan noticia de las circunstancias precisas de ese encuentro.

Europa descubrió América a través de la mirada de una mujer. A través de sus palabras, del timbre de su voz: ella fue la primera que asimiló la lengua del Otro, como Jerónimo de Aguilar fue el primero en estudiar el maya. *Árbol*, dice ella, con una mezcla de sorpresa y aplicación, con un sueño muy antiguo en el fondo de su voz sería, tropezándose con fonemas que ignora, pasando rápido, sin transición, de la risa a la mueca perpleja, atemorizada; *ár-bol, tier-ra, a-gua, piel, boca* dice ella, mostrando un árbol, la tierra, el agua, la piel, la boca. *Ojo*, dice un soldado de humor alegre y señala la parte alta de su rostro; *ojo?* repite ella, mostrando su frente. No, *o-jo*: esta vez, él muestra sus dos ojos. *Ojo, o-jo*, sí, repite ella, arrastrando la áspera *jota*, invirtiendo el acento tónico, corrigiéndose con vivacidad —el soldado comienza a cansarse: no son tiempos de paciencia, no tenían tiempo para eso—, luego, feliz de poseer una palabra, de haberla domesticado, la traduce, en voz alta, a la lengua de lo suyos.

Comienza a desgranarnos, a legarnos sus palabras: *jitomatl, abudacatl, cbocólatl, mabis*. Esta vez, Cortés refrena, regaña secamente a la tropa que se ríe a mandíbula suelta de la pobre pagana, de su lengua de salvajes y se pone a repetir, aplicadamente, sílabas increíbles, al mismo tiempo que arquea las cejas ante la pulpa bermeja del jitomate, el oro verde del aguacate, la gema negra del cacao, el rosario dorado del maíz. Un soldadote se santigua, listo a desvenenar,

asqueado por los "caroncules" del primer *guajolote*, el tan mal llamado pavo; otro se asfixia, con los ojos vidriosos, suda a chorros, cree que lo envenenaron: probó —aún con un gesto circunspecto, con una prudencia felina, con una mano lenta, con la punta de la lengua— el *cbilli*, el primer chile. Ahora es Malintzin quien se burla, quien se ríe de buena gana.

De modo que una mujer guía a los hombres hacia el descubrimiento del Nuevo Mundo. Ella es la que sabe —no sólo dónde hicimos alto esta noche, instalado el vivaque, prendido fuego, rodeados, como estamos, de malezas inextricables, de gritos y ruidos desconocidos, sino quiénes son los Otros, las gentes de frente.

Son momentos de una vivacidad extraordinaria, de una intensidad sin igual; es la presentación, por primera vez, con el Otro. Los ojos de este capitán español nunca fueron tan verdes como en la mirada extranjera, así como el rostro de este indio jamás tuvo un tinte tan cobrizo, ni sus cabellos tal azabache. Cada actitud, cada gesto, cada detalle del vestido adquieren un relieve incomparable, como los *close-up* de los objetos en los sueños. La primera vez que el otro esbozó una sonrisa o dejó aflorar la cólera en su rostro. La sorpresa del indio frente a un caballo que se encabrita, monstruo surgido del fondo del mar, sólo es comparable con el arrojado de Bernal Díaz del Castillo al descubrir, apostado en un alto, la laguna de México-Tenochtitlan. No encuentra palabras: tiene los ojos llenos.

La Historia no se resigna al cálculo de probabilidades. La lucha por el poder de los Montesco y los Capuleto era previsible, a corto o a largo plazo, pero la pasión —a pesar y contra todo— de los jóvenes amantes de Verona no lo era —o lo era mucho menos. Pero lo que escapa por completo a los cálculos y previsiones es, por ejemplo, que un viejo mito americano lleve a los indios a confundir la llegada de los españoles con el regreso, por mar, de Quetzalcóatl, el dios civilizador de la antigua Tula. La historia está enamorada del azar, subyugada por las coincidencias. Nuestro mundo, marinado en cientificismo, no puede creerlo: quisiera modelar la historia a su antojo, limar sus asperezas, domar sus rebeliones, doblegarla, por todos los medios, a sus parámetros. Como

no lo logra, se da la vuelta, con desprecio, pero no puede librarse de su envoltura, de su caparazón invisible, no puede desvestirse de ella: al rehusarse a verla, a tomarla en cuenta, la convierte en una camisa de fuerza.

Con frecuencia, esta es mi impresión cuando recorro los expedientes que periódicos y revistas multiplican con motivo de la próxima conmemoración del quinto centenario del Descubrimiento. Al igual que durante las campañas electorales o los partidos de fútbol, la historia —el mundo— se reduce a una miserable y siniestra dualidad. En este caso, se trata de la lucha sin cuartel entre quienes apoyan la Leyenda Negra y los simpatizantes de la España Eterna. De un lado, con uniforme verde, los encarnizados defensores de América antes de la mancha europea, blanca, capitalista; los nostálgicos del Dorado primitivo, virginal, en simbiosis perfecta con la inocencia indígena. En una palabra, el equipo Naturalista. Del otro lado, con uniforme rojo, los campeones de la máquina de vapor y el "Hada Electricidad" (como en el cuadro de Dufy), los retoños de los maestros forjadores y los caballeros de industria, que sólo juran sobre las bondades de la ciencia occidental. El equipo Progresista. Ambos campos tienen sus voceros en la prensa, blanden hipótesis históricas más o menos fundadas y citas truncas, amplifican los rumores y se ponen trampas, se bombardean alegremente con lugares comunes, aproximaciones y desmentidos. Vamos,

No hagas tu rosario con bayas de tejo

me susurra Keats. La moneda también tiene su lado mágico. Lástima del perfume Pizarro y el chocolate Moctezuma, las corbatas con el escudo de Cortés y las camisetas dedicadas a la gloria de los quechuas. Después del Año Mozart, nos sabemos la canción.

Sol a sol, la revista cultural de América Latina en París salió, recientemente, con este título: *Quinto centenario: los indios hablan*. Encuentro, en ella, un buen ejemplo del descuartizamiento entre los dos polos definidos más arriba. La contradicción está, por entero, en el título, pues los indios casi no hablan y menos aún escriben, *a fortiori*, en las revistas y periódicos de los blancos. Está claro que 1992 no es —ni será nunca— asunto de los inuit ni de los algonquinos

ni de los hopi ni de los yaquis, ni de los huicholes, lacandones, araucanos, jíbaros y topinambus (que los europeos confunden con los rutabaga). Por lo demás, habría que llevar a cabo una investigación sobre el "Corpus léxico del Descubrimiento y la Conquista en las lenguas amerindias": un título impactante, recomendado a los cazadores de tesis. Estoy convencido de que las lenguas apache, arawak, náhuatl, tzotzil, chibcha o tupi-guaraní nos enseñan infinitamente más que la mayoría de las encuestas sociológicas sobre las reservas. La mejor prueba de que los indios no hablan (en primer lugar porque no tienen vela en el entierro) es que la rúbrica de *Sol a sol* que pretende expresar su punto de vista ocupa, exactamente, una de cuarenta y dos páginas. Además, se titula: "Declaración de los pueblos indios" (lo cual no es muy comprometedor) y desde luego, es la única página del número que no está firmada. Cierzo, las cifras que cita son aterradoras (recuérdese la indignación de Montaigne): cuando Colón desembarcó en las Antillas, en 1492 —el año en que se apagaron Lorenzo de Medicis y Piero de la Francesca, en que nació Margarita de Navarra— América contaba con 70 millones de indios, ciento cincuenta años más tarde sólo quedaban tres millones y medio. Considerando únicamente esto, nada cuesta declarar con el comandante Cousteau, entrevistado por *Sol a sol*: "Nos rehusamos a participar en una celebración que logró (sic) destruir a los incas y los pieles rojas. Son crímenes contra la humanidad". Que el célebre oceanógrafo se inquiete por el uso de redes a la deriva en el Caribe es motivo de aplauso, pero este tipo de declaraciones no dice absolutamente nada. Como tampoco, por lo demás, las palabras del historiador Pierre Chauvin, al reverso de la misma hoja, cuando el autor de la erudita obra sobre *Sevilla y América en los siglos XVI y XVII* afirma llanamente, al responder a la pregunta "¿El rey Juan Carlos debe pedir perdón a los pueblos de América Latina por el genocidio cometido por los españoles?": "Si estuviera en su lugar no lo haría... En cuanto a la brutalidad y la ferocidad, los aztecas se podrían comparar con Hitler, Stalin y Saddam Hussein". La manía de la inflación azota de lleno al lenguaje. ¡Y qué confusión! Parecería que nos encontramos en los mejores momentos de Radio Tirana, en

plena guerra ideológica albano-soviética. Como si todo lo que tiene que ver con América debiera llevarse a las dimensiones del delirio.

Sol a sol es una revista especializada, que está "en la mira", como suele decirse. Es exactamente lo opuesto a *Télérama*, por ejemplo, que se dirige a un público mucho más amplio y diverso. En el número de enero, el semanario de los adeptos a la televisión razonada llamó la atención sobre "El lado oculto de la Tierra": la vida cotidiana en América antes de la Conquista, cuando los indios "no reñían por el oro, les encantaban las plumas y no eran diezmados por las bacterias (viruela, tétanos, tifo y hasta gripa, sin contar la caries dental)". Al comienzo del expediente, una máscara funeral, hecha en madera teñida con cinabrio, con ojos de concha, una momia chancay de Perú, ocupa toda la página. Comentario: "Los objetos americanos de nuestros museos del Hombre provienen de un mundo muerto-vivo". Una de las recetas más probadas con respecto a América, aparte de la fiebre de la desmesura, es el coctel sabiamente dosificado de extraño, macabro, precioso y monstruoso. Coatlucue, la diosa mexicana "vestida de serpientes" de los antiguos mexicanos, podría servir de emblema.

Si el indio es la Extrañeza hecha hombre sobre un continente megalómano, ¿podemos entenderlo? En realidad, lo hemos encerrado en un puño de perogrulladas para mejor deshacernos de él; por lo que a nosotros respecta, lo relegamos a la Opacidad: su mundo "nos rebasa", decimos, para hacerlo sentir más inferior. Son deslizamientos imperceptibles: puesto que es incomprensible, no hay nada que comprender.

La trampa se cierra todavía más en la medida que el español, por su lado, también está cubierto por un velo de enigma. Recientemente leímos a un periodista del *Express* para quien la voluntad de Colón incluía "esa parte de sueño que cada castellano cultiva en sí mismo cuando, contra toda razón, funda su ambición y su destino en la certeza del milagro. Orgullosa paradoja que sus vecinos (franceses) consideran desdeñosamente como un quimérico tropismo". Aunque sólo se trate de una impresión, de una visión vaga y borrosa, de una ficción, para decirlo en una palabra, esta *proyección* no carece de interés. Sobre todo si recordamos que el Almirante de la Mar

Océano no tenía una sola gota de sangre castellana. Con todo, su personaje se identifica a las mil maravillas con el país de Don Quijote: la vida de Colón nos invita a construir castillos en España.

De modo que hasta los errores históricos flagrantes, de los que están mechados los periódicos y las revistas, mantienen viva la leyenda, alimentan un mito inagotable, que desvía toda el agua a su molino. América es una invención. En los dos sentidos de la palabra: creación y fabulación, sueño mentiroso. Todo es falso, todo es cierto: Colón es un milagro, el mejor fruto, quizá, de la imaginación europea. Por lo demás, él es de todas partes, sus huellas se desvanecen cuando el investigador intenta seguirles la pista. Huellas vistas con la mente: visiones del espíritu. Apenas aparecen, se disipan. En Génova, en la Plaza Dante, entre los rascacielos de los bancos y la compañías de seguros, en una atmósfera enrarecida de oficinas y cafeterías, todavía se pueden ver los vestigios de una vieja construcción, bien arreglados, pulidos con lija, decorados con unas cuantas plantas mustias en medio del magma de coches, gritos y el calor que condensa el humo.

Una placa dice que éste pudo ser el sitio donde se encontraba la casa natal del gran nauta. Es todo. En Palos de Moguer sólo queda la arena y la fuente morisca donde los marinos hicieron su última provisión de agua dulce: el último ruido, el último sabor del agua viva, como en las sílabas volátiles de un poema de Jiménez. En el Cabo de San Vicente, sobre los acantilados tallados en la proa de Portugal, donde el viento golpea con sus mil cabezas, ensordecido por la resaca, algunas veces se puede ver erguirse a Enrique el Navegante, estatua de humo, soñando con las Molucas, con la canela y el jengibre y allá abajo, sobre el lomo de las olas, la inmensa cruz roja sobre una vela inmaculada. Después, el horizonte cae, como una cortina. Y en el otro extremo del Atlántico, dos nombres en la constelación geográfica, dos Colombias: una república en América del Sur y una provincia del oeste de Canadá, tanto más paradójica cuanto se le apellida Británica. Por lo demás, ese pelirrojo salpicado de manchas, ¿no tenía algo de sangre escocesa? Ya era italo-hispano-portugués: un condensado de latinidad, de Mare Nostrum. Por otro lado, descendía, parece ser, de judíos

conversos. ¡A menos que haya formado parte de esos franceses sin saberlo!¹. Por fin, estaba a punto de olvidarlo, la ironía de la suerte quiso que Colón también llegara su nombre a una moneda de América Central. Se le conjuga cada día en todos los tiempos, se le cambia por un kilo de café, un litro de ron, un racimo de plátanos, se le gasta, se le trueca, se le invierte: ¡un millón, diez millones de colonos!

Poco importa, pues, que un chupatintas de turno en el *Magazine littéraire* de febrero haga morir, en un expediente dedicado a 1492, a Colón en Sevilla. La leyenda cobra, con ello, más brillo: cada quien escoge entre la pompa de la tumba en la catedral de Sevilla y el tapete comido por los gusanos del moribundo de Valladolid. Por lo demás, ¿qué oculta exactamente el monumento funerario esculpido en el siglo XIX y traído de La Habana en 1899, un año después del gran desastre español? ¿Será un esplendor vacío, una suntuosa pantalla, género en el que sobresalen los españoles? De igual modo, casi no tiene importancia el que un locutor de la televisión declare, sin pestañear, que en otros tiempos el descubrimiento de las Américas trajo fortuna a la ciudad sede de las próximas olimpiadas: Barcelona. Tímida mente, el historiador querrá hacer valer todo lo contrario, que la Conquista desplazó el centro de gravedad del comercio marítimo y desestabilizó al puerto catalán. ¡Cómo! ¿No es cierto que, Ramblas abajo, frente al mar, los barceloneses erigieron una inmensa columna que enarbolaba un Colón victorioso, con la diestra extendida, mostrando el cabo, imperturbable, como si apaciguara las olas con la mano? Ciertamente, el sol no se ponía nunca en el imperio de Carlos V, pero el oro de las Indias Occidentales —con el cual las míticas Amazonas se cubrían enteramente el cuerpo— también

es una farsa, una de las mistificaciones más grandes de la historia, que por cierto, es experta en la materia. Los metales preciosos existentes, contantes y sonantes, la plata de Potosí y de Taxco, pálidos reflejos de nuestros sueños de Ali-Babá, rara vez llegaban a buen puerto: lo que no tapiza las grandes profundidades de los naufragios, en el vientre de los galeones, entre corales y peces-gato, cofres y sables oxidados, morenas y calaveras, fue desviado por los corsarios y piratas, o atesorado por los armadores y los ricos comerciantes de las hansas flamencas.

América es un mundo abierto a todos nuestros fantasmas, a todas nuestras fantasías, las que cada europeo fabrica, de cabo a rabo, desde la infancia. "Recuerda que siempre proyectamos ir a México", dijo Maximiliano a Carlota, o viceversa, en el delirio a dos voces con el que comienza *Bajo el volcán*. Mi América tuvo, en un principio, el formato de un timbre de correos proveniente de Terranova. Lo clasificó aparte, como si fuera por sí solo un país. Y cuando hacía el inventario de mi botín postal en voz alta exclamaba ¡Terranova!, como los sobrevivientes de los Diez Mil, descendiendo los montes Tauro, gritaron ¡Thalassa!, o como los marinos alucinados del Almirante, con barbas batalladoras, gritaron ¡Tierra! en un sueño. Y su sueño encarnó, surgió de las olas y se llamó Bahamas.

Luego, América, para mí como para tantos otros, adoptó el nombre de Philéas Fogg. Subí con él al tren que traza lentamente un guiñón entre el Atlántico y el Pacífico, perseguido por los gritos y las flechas de los sioux. Más tarde, mi América se llamó Marilyn. O Bogart, en *El balcón maltés*, Burton en *La noche de la iguana*, James Dean en *Al este del paraíso*. Coleccionó todos los nombres de la aventura, del "Gran Posible", como diría Marcel Thyry: *La selva virgen*, de Ferreira de Castro, los gauchos de Guiraldes y la heroína de Gallegos, la indómita *Doña Bárbara*, *El llano en llamas* de Rulfo y *Los ríos profundos* de Arguedas, el cónsul errante de Lowry en la noche de Cuernavaca, las barcas al alba en el Misisipi, Jack London y *El lobo de mar*, el Chicago de Al Capone, roído por la viruela, Cayena y Alcatraz, las bañas de Luisiana, los acadianos de Longfellow, el techo de los Andes, la terraza de Machu-Picchu suspendida de

¹ En tiempos de la Comuna, el matemático Michel Chasle, miembro del Instituto, se dedicó a probar que todos los grandes descubrimientos se debían a franceses. Chasle encontró un excelente aliado en la persona de Vrain-Lucas, falsificador profesional, que le vendía cartas "autografiadas" a precio de oro, escritas en francés antiguo, firmadas por Sócrates, Julio César, Carlomagno, incluso María Magdalena. Desde luego, Colón formaba parte de la banda. Consúltese *La historia y sus métodos*, dirigida por Charles Samaran, Enciclopedia de La Pléyade, 1961.

las nubes, las catedrales de lianas en Tikal y Copán, la pirámide del Tajín, perforada con 365 nichos, Álvar Nuñez Cabeza de Vaca: un nombre que es un continente, la deriva amazónica de Francisco de Orellana, Lope de Aguirre, de pie sobre su balsa invadida por los monos, aquel sueño renovado cada vez que se le dice: Nueva York, los descendientes de *Los amotinados del Bounty*, olvidados en su isla, albinos de ojos rojos, cuarterones bicéfalos, gente con los dedos de los pies soldados y en el extremo de los brazos dos muñones quemados... "La historia, decía Cocteau, es lo verdadero que se deforma y la leyenda, lo falso que se encarna". Éste es el milagro: en América todo es falso, comenzando por su nombre.

Poco antes de quitarse la vida, en su exilio brasileño (en Petrópolis, como los versos de Manuel Bandeira: *Vou-me a Petrópolis*), a comienzos de la segunda guerra mundial, Stefan Zweig dedicó un notable librito a esta "comedia de enredos": *Amerigo. Relato de un error histórico*. De su lectura se desprende que Vespucci, amigo de Colón por cierto, no hizo nada, al parecer, para acreditar la leyenda de su "descubrimiento". Por otro lado, el hijo y defensor del Almirante, contrariamente a Las Casas, jamás puso su integridad en tela de juicio. Con ello, la historia de este error, lleno de peripecias, resulta todavía más apasionante. *Fata morgana*: Colón descubre América sin saberlo, cree, sin la menor sombra de duda, que tocó la costa del Oriente; Vespucci, sin querer, lega su nombre a un continente que no descubrió, pero sabía que se trataba del Nuevo Mundo... En sus obras completas, que ocupan unas cuantas decenas de páginas —y no es segura la paternidad de todas ellas— el navegante florentino (enterrado en Sevilla en el anonimato, como Colón en Castilla la Vieja) emplea la expresión *Mundus Novus* —que le valió la inmortalidad. Certo, llevó a cabo el Gran Viaje —también él en cuatro ocasiones, dos bajo bandera española y dos bajo bandera portuguesa—, visitó las costas de Brasil (la "Tierra de los Pericos"), pero su extraordinario hallazgo fue otro: cree terceramente en la existencia de un cuarto continente. Mejor todavía, cree de buena fe que se trata del *Paraíso Terrenal*. Por lo demás, lo describe como tal: orden y belleza, lujo, calma y voluptuosidad,

sin olvidar la inocencia "natural" hasta la inexistencia del tabú del incesto. Ahora bien, si Dios expulsó a la pareja de pecadores, nada en las escrituras permite afirmar que el Edén, el *Antichthonos* fue suprimido del Universo. Esto es lo que puso fuego al infiernillo del imaginario europeo: ¡se recuperó el Paraíso! Y quién sabe si no se confunde con la Atlántida, el continente perdido de los antiguos, o con la Vinland de los vikingos... Se encarnó un sueño fabuloso, mucho más fascinante que las elucubraciones del *Adelantado*, virrey de tierras quiméricas, portador de cartas de los Reyes Católicos al Gran Khan, que creyó atracar en las riveras del Ganges. Europa está cansada de relatos contradictorios y relaciones de navegantes que, a fuerza de surcar el *mare tenebroso*, obnubilados por los presupuestos geográficos, obsesionados por Cipango, se hacen bolas con latitudes y longitudes, se enredan con los cálculos del astrolabio, se confunden con portulanos salpicados de nombres barrocos. Vespucci, por su cuenta, le dio la espalda a la antigua representación, personifica la inmensa aspiración a *otra cosa*: "hasta el fondo de lo desconocido para encontrar algo nuevo". De allí que los humanistas e impresores del Renacimiento lo hayan elevado por las nubes y orquestado su apoteosis. Él fue quien añadió una cuarta dimensión al Universo, un continente que también tendrá un nombre de mujer, con "la lánguida Asia y la ardiente África".

Stefan Zweig desarrolla las fases sucesivas de esta enorme superchería como si fueran los capítulos finamente trenzados de una pesquisa de Roulettable o de Maigret. En 1507, en Saint-Dié, una pequeña ciudad de los Vosgos, el maestro de escuela Gauthier Lud, rodeado de un puñado de humanistas, publicó la *Cosmographiae Introductio*, donde se puede leer la siguiente sugerencia, que pronto tendrá fuerza de ley: Americus Vesputius fue el primero en pisar el Nuevo Mundo *quam quia Americus invenit Amerigem quasi Americi terram, sive Americam nuncupare licet* (que se podría llamar, de ahora en adelante, tierra de Americus o América, puesto que Américo la descubrió). Y Stefan Sweig concluye que si el 12 de octubre de 1492 por la mañana, cuando Colón vio brillar la costa de Guanahani, fue la fecha de nacimiento del Nuevo Mundo, "el 25 de

abril de 1507, cuando la *Cosmographiae* salió de la imprenta, fue la fecha de su bautismo". Veinticinco años más tarde, en Anvers, Mercator, completando el trabajo de Ptolomeo, dibujó por primera vez el continente, tal como lo conocemos hoy día e inscribió AME en el Norte y RICA en el Sur. La suerte estaba echada, el sueño se convirtió en realidad: como si la Providencia (o el azar, de quien ella usurpó el nombre) hubiera querido ofrecer a los europeos, hacinados dentro de sus fronteras, un inmenso doble de su continente, como si hubiera querido proporcionar, a los más desfavorecidos, a los más perdidos, a los más insumisos, una tierra de la Segunda Oportunidad.

América es el otro nombre del mestizaje. Por ello, como lo demostró Todo-rov, la Conquista lleva, en filigrana, toda la cuestión del Otro. Al comienzo de esta crónica evocó los primeros encuentros entre los españoles y los indios, esa palabra que todavía es un milagro. ¿Quién fue el primer mestizo de América? Tampoco nos lo dice la historia. ¿Fue una mujer o un hombre? ¿Cómo se le bautizó, cómo se vio a sí mismo? ¿Primero en los ojos de los otros, después en el espejo de otro Narciso, de otro Adán, ejemplar único, primer eslabón de un nuevo linaje? Pienso en esta especie de andrógino así como en el primer español que, al descubrir los volcanes del *Altiplano* repitió la palabra Popocatepetl. ¿Farfulló? ¿Sonrió? Los indios, en torno a él, ¿se desternillaron de risa? ¿Temieron que estas sílabas descortezadas ofendieran al dios, furioso en su cráter de fuego líquido? ¿Que había en la mirada —un precipitado de espacios y de siglos— del primero que transcribió, en letras latinas, el nombre del volcán, qué extraña luz tenía cuando releyó esta palabra? □

25 de marzo de 1992.

Traducción de Conrado Tostado



Exposiciones Cuatro muchachas

Conrado Tostado

Jolie bizarre enfant chérie Je vois tes deux yeux langoureux mourir peu à peu comme un train qui entre en gare...

Apollinaire, *Poèmes à Lou*.

Apenas se ve algo más que el piso ennegrecido de la azotea, el vestido blanco, sin mangas, extendido en el piso, todavía húmedo y los pies de esta muchacha, casi una niña, alejándose. Sin embargo, todo delata, en esta joven que puso su vestido a secar en la azotea y se fue, *Un poco alegre y graciosa* (1934), con un pie ligero y zambo, un pie a punto de volar, la falta de peso que adquieren los fierros viejos en la intemperie. Ella tiene ese aire costero de un recorte de varilla que sobró al hacer los *castillos* de la casa y quedó arrumbado en la azotea. De un triciclo sin llantas (¡nunca estuvo tan alto!). De un codo de 90, de cobre, de 13 milímetros, tirado cerca del tinaco (juna concha de mar en el desierto!). O de los fregaderos (¡son arrefices! ¡Estrías donde brilla la sal de la espuma seca!).

Todo, en la mirada del fotógrafo Manuel Álvarez Bravo¹ tiene algo de azotea. Quiero decir, algo de esa sonrisa y sensualidad, ligereza y ensueño que, con frecuencia, se respira en las azoteas. Y es que en las azoteas se olvida la prudencia, la reserva, la cara dura de los muros aplanados y se erige un mundo fácil, provisional y libre, una herrería, hecha con tes y ángulos, que produce esquelos de pájaros: *jaulas* para la ropa, *pasos de gato*, *escaleras de caracol*...

La intimidad de las azoteas, como las fotografías de Álvarez Bravo, tiene la agilidad, por decirlo así, de las canchas de tenis. O de los gatos. Ese misterio que Álvarez Bravo busca en ventanas oscuras,

puertas tapiadas, rostros a contraluz o desnudos vendados, demuestra, finalmente, ser algo luminoso, sonriente. Por ejemplo, ¿qué hay de más íntimo que el *Pan nuestro de piloncillo* (1929) o las sábanas de *Las lavanderas sobrentendidas* (1942)? Con todo, su búsqueda de intimidad no es compulsiva. No llevó sus hallazgos más allá del radio de nuestra mirada —la del "hombre de la calle".

Quizá, más que intimidad, Álvarez Bravo fotografíe ensueños. ¿No es frecuente que, acodados en el pretil de una azotea, al mirar hacia la calle, adoptemos la mirada vaga y curiosa, llena de ironía y piedad, de aquella quimera que, recargada en la balaustrada del techo de Notre Dame, mira, allá abajo, los techos de París? Esta es, muchas veces, la mirada de Álvarez Bravo.

La segunda muchacha, una tierna señorita, verde, sensual y triste, de codos en un esbelto barandal de herrería, con ojos y trenzas largos, los pies entrelazados y el rostro en la palma de la mano, ¿no mira hacia abajo, hacia el fondo de la oscura escalera con *Ensueño* (1931)? ¿No adopta la postura de la quimera? Pero la mirada de esta joven está llena de melancolía. Durante este periodo, la muerte y el sueño fueron temas recurrentes en las fotografías de Álvarez Bravo. Y, quizá, relacionados entre sí. ¿Cuán to se parece *El soñador* (1931) al *Obrero en huelga asesinado* (1934) —ese "eclipse de sangre", como lo llamó Octavio Paz—! Hay muchas fotos, en esta exposición, de personas dormidas o con aire ausente. Por otro lado, de animales muertos —un pájaro, colgado de un alambre, un conmovedor esqueleto de caballo, en posición fetal, un borrego, sobre la acera— y sobre todo, de tumbas. ¿El sueño, como una reacción ante la muerte? ¿O como una forma de ella?

Las tumbas de Álvarez Bravo no son

trágicas, sólo misteriosas. El viento sacude, sobre ellas, pequeños adornos de papel de china. ¡Qué contraste entre este material y lo infinito de la muerte! En realidad, son una imagen de "los muertitos" —como se dice en México. Junto a estas fotos nos parece escuchar la voz de doña Eduvigis: "No. Loco no, Miguel. Debes estar muerto...". Con ellas, con sus ruinas de adobe y sus animales muertos, Álvarez Bravo se anticipó más de diez años a Rulfo —no sólo al narrador, también al fotógrafo. ¿Lo inspiró?

Álvarez Bravo ve a la muerte con un fervor en cierto modo ingenuo. Y sabe encontrar en ella la gracia zurda de sus jovencitas. Una flor parece resumir esta ligereza y quizá, la sonrisa —¿piadosa?— de su mirada: la "nube" de su *tumba florecida* (1937).

La tercera muchacha es *La hija de los danzantes* (1933). Está vista de espaldas. Lleva una falda de algodón arrugada. Se pisa un pie y se asoma al ojo de buey de una pulquería. El otro lado del ensueño es la sensualidad. En las fotos de Álvarez Bravo es una sensualidad divertida y tímida. Cándida. Una sensualidad que se volatiliza en risa.

Es la sensualidad del vago. Álvarez Bravo encontró, en sus recorridos, una mirada en tono menor. Una mirada feliz y traviesa. No le interesa describir, salta hacia el hallazgo. No excluye nada. Lo atraen las geometrías imprevistas, los anuncios de la ciudad moderna, las tradiciones antiguas. Tampoco se limita a los hallazgos visuales: los títulos de sus fotos muestran que también es un hábil cazador de expresiones de la lengua. En todo reconoce ese lado de las cosas que él descubrió. Frente a los temas más dispares exclama: *¡Qué chiquito es el mundo!*

Con todo, Álvarez Bravo no acecha el azar. Tampoco la revelación. Quizá ese lado que descubrió en las cosas sea, más bien, afin al gusto mexicano por el diminutivo, donde se mezcla la sensualidad con la ironía, la piedad con el juego.

La cuarta muchacha es morena oscura, está de pie, descalza sobre una pequeña piedra, con los brazos en alto, agarrada de los morillos de un cobertizo para secar *Tabaco* (1932). Mira hacia arriba. Es necesario volver a ser niño para sonreír ante la gracia de esta joven, como lo hace Álvarez Bravo. Para fotografiar la cómica indolencia de *La buena fama durmiendo* (1938). En la mirada de Álvarez Bravo hay buena.

¹ Manuel Álvarez Bravo, *Los años decisivos, 1925-1945*, Museo de Arte Moderno

fe. No rehúye la complicidad con su tema. Con su modelo.

Ni la diversión. Sus fotos tienen cierto aire de estampas de lotería. Los títulos contribuyen a esta impresión: a cada paso reconoce mitos y temas eternos. O bien, lances comparables con el juego de la oca. Es como si, de pronto, el mundo se hubiera vuelto una maqueta. O una juguetería. Su mirada vivaz lo llevó a redescubrir la *Suave patria* de López Velarde. Todo, en sus fotos, respira aquel "santo olor de la panadería".

Su humor también es comparable a las miniaturas populares. Por ejemplo, ésta, que aún se encuentra en los comercios

de artesanías: un paletero se acerca a un grupo de niños en un parque. El letrado reza: *El cólera o el abominable hombre de las nieves*.

Álvarez Bravo tiene muchos fotografías cerca de él. Weston y Modotti son sólo dos de ellos. Sin embargo, algo lo distingue profunda y constantemente. Es la diferencia entre el elegante erotismo de los *Alcatrazes* de Modotti y el sabor cómplice de las *Jicamas desnudas* (1929) de Álvarez Bravo. Es, también, una gracia tenue y huidiza. Una estrechez. ¡Ah! ¡La estrechez de estas muchachas, amargas como la cáscara de la castaña! □

Lo recuerdo siempre, con habitual predilección y acatamiento, y no me explico a veces cómo, ni por medio de nuestros Alfonsos [Reyes], Eduardos [Villaseñor] y Vicentes [Lombardo Tolledano], no tengo más detallada información de sus trabajos y de sus proyectos, que siempre me interesan y enseñan mucho.

Ahora, recibo con simpatía su recomendación de Molinari, a quien he seguido, fragmentariamente por esas revistas; quien, ahora, se me descubre —Mediterráneo del Río de la Plata— como uno de los poetas verdaderos de ese grupo de allá, grupo certero y de avance que hace decaer mis esperanzas por muchos de los que aquí cuelean el agua marichalar, montan el jarnés de Benjamín y punzan con la espinita de Antonio [Espina]. La influencia —tan inevitable— tira en estos días hacia la imitación gráfica y lo que antes fue juego y diablura, travesura de peña y sobremesa, se está volviendo industria, y sin miedo a la policía se vuelven al revés los bolsillos de Joyce y a Rilke se le ratea el alfiler de la corbata.

Noche me leí *El imaginero*; dos lecturas, la informativa y la otra, la del complejo inmerso, la que hacemos como si fuera propia la obra que leemos, comparativa con nosotros mismos. Cuán satisfecho he quedado, después de esta segunda lectura, de mis poemas... de Molinari. Esa ausencia que yo he pensado tantas veces... Sin intención oblicua y sin previos recursos de mañosa habilidad, el sentido poético del libro fué seme revelando, con su punzante lejano dolor y su no aprendido olor de cosas verdaderas. Me gustaría tener un tiempo —o cuatro: Adagio, Scherzo, Allegro, Finale— para hacer una nota sobre este libro, para Molinari. Pero ¿dónde? ¿En las revistas henófilas de nuestros diarios?

Bien, sí, enviaré cosas a Ricardo E. [Molinari]. Pero ¿qué cosas, dioses, qué cosas mexicanas a quien conoce la casita del Callejón del Limón, a quien sabe a dónde fue a parar el ejemplar único del Orozco y Berra (*Historia de la dominación...*) que desapareció de la Biblioteca Nacional, a quien posee la *Carta Aibenagórica*, a quien se echa tres al hilo de catrinas de curado de apio, a quien ha tenido en sus manos el *Túmullo imperial* y puede enseñar a los chafiretes el rumbo del Callejón de la Parcialidad, dos cuadras al oriente de la Plaza

Buzón de fantasmas

De Genaro Estrada a Pedro Henríquez Ureña

Durante su estancia en México Pedro Henríquez Ureña tuvo la oportunidad de conocer a Genaro Estrada y como era su costumbre dejó huellas perdurables en el humanista y diplomático mexicano. En 1924, con la partida de Pedro Henríquez Ureña para la Argentina, el trato personal con el autor de Pero Galin llegó a su fin. No obstante, debido a la presencia del mutuo amigo Alfonso Reyes en Buenos Aires (embajador de México desde 1927), Pedro Henríquez Ureña pudo mantenerse en contacto indirecto con el subsecretario de Relaciones Exteriores. De hecho, por razones de afecto y de trabajo, Reyes y Estrada fueron incansables correspondientes y es precisamente entre los papeles conservados por Reyes en la Capilla Alfonsina donde se encuentra la presente carta que atestigua la sincera amistad y admiración que sentía Estrada por su camarada dominicano. Además, las impresiones que expresa sobre el primer libro publicado en 1927 por Ricardo E. Molinari (1898), destacado exponente de la vanguardia argentina,

revelan a un crítico siempre lúcido y abierto a las últimas tendencias literarias. En los versos cuidadosos y profundos de El imaginero, elogiados en seguida por Jorge Luis Borges, Genaro Estrada descubre ciertas afinidades espirituales con su propia obra de poeta, la cual se daría a conocer unos meses más tarde.

Serge I. Zaitzeff

14 de enero de 1928.

Querido Pedro:

¿Cómo voy a componérmelas, querido amigo y maestro, para justificar a usted la muy larga ausencia de mis noticias? ¿Qué cosas le diré que usted no conozca? Pero si ya de antemano le son conocidas, para qué detallarle, a usted que conoce mi correspondencia con Alfonso [Reyes], cómo es que ahora me encuentro solo con el toro puntal del Ministerio; que salgo de mi oficina a las 9 o las 10 de la noche, agobiado y con la cabeza en el aire; y lo que tengo que leer, firmar y discutir, regañar y acordar... ¡Ay de mí, triste!

de Tlatelolco, y le atora al chicharrón de cola de borrego y se las refina con camello, y le entra a los catorrazos por las trancas de Guerrero y es capaz de gastarse la fierrada en el insuperable aguayón de la Reforma del Taquito... Amigo, eso se llama ir a vender cajetas a Celaya. Ilumineme: ¿qué cosas debo enviar a este mexicano sin carta de naturalización? ¿Libros, corridos, estampas, periódicos, chucherías, cosas? Venga una aclaración y ¡sus! ¡cuáles novedades irán por la valija alfonsina!

Se ve que este amigo me conoce, me conoce a mí. ¡Qué excelente edición de *El imaginero*! ¡Qué sobria, precisa y elegante esa portada de París! Y esas páginas, y ese Holanda cachondo, y esos epígrafes, y esa justificación de la tirada. Lo veo venir: ahí te va eso, Genaro Estrada, para que no te creas tipógrafo exclusivo. No puede estar mejor: es una edición que firmaría Kra.

Bueno: gracias verdaderas y simpática para el imaginero y el imaginista.

¿Qué es de usted, mi querido Pedro? Lo veo, ahora, en su casa de la Embajada de México, con su viejo (1889) Alfonso. Casi nada se recibe aquí de la Argentina: *Nosotros*, las revistas ilustradas; alguna hoja petardista de [Alberto] Hidalgo el terrible. Ná más. *Proa* ¿vive? *Valoraciones* no llega hace más de un año, ¿ha muerto? Recibo regularmente el *Martín Fierro*, pescador de novedades y manacas, simpático siempre. Recibo también los suplementos literarios, [*La*] *Prensa* y [*La*] *Nación*. ¿Es todo lo de allá? Su actividad editorial —libros— muy arriba de la nuestra. La modita, aquí, es editar con Calpe, previo envío de las pesetas.

Leo, de cuando en cuando, cosas de Lugones, profeta fuera de sus fronteras.

En el breve "Repertorio", que llega de tarde en tarde se pone la cosa que arde al paisano de Lagorio.

Y a través del leve tul de la argentina política lanza sus dardos de crítica en pro de la sangre azul.

Pajarillo de Santiago
—de Santiago del Estero—
que se vuelva a oír tu halago
de pájaro carpintero:
tero, tero, tero, tero.

Por las noches trabajo un poco en mis cosas. Preparo dos libros, "Santa María la Redonda" y unos poemas. Lo abrazo.

Para usted, su mujer y Natacha mis mejores saludos. Escriba — me.

Genaro Estrada

La sordera tribal

Eduardo Lizalde

Las colecciones de recortes periodísticos, a los que somos aficionados la mayor parte de los escritores del mundo, tanto como las pilas de folletos, revistas o publicaciones curiosas, que apenas alcanzamos alguna vez a hojear, son como esas montañas de supuestamente invaluables piedras y restos de cerámica antigua, que se acumulan en las bodegas y talleres de nuestros museos, donde practican el arte del rompecabezas arqueológico los investigadores. Alguna vez, Ignacio Bernal, que era en el año 1974 director del Museo Nacional de Antropología e Historia, y en charla informal con don Daniel Cosío Villegas, nos decía con buen humor: "una cosa a la que yo no puedo más dedicarme, ni un minuto, es a los tepalcates, así sean ellos astillas preciosas y dorados fragmentos de las más maravillosas joyas de la cerámica precolombina".

Los antiguos recortes suelen convertirse para mí (que a tan numerosos cambios de domicilio me he visto obligado durante mi existencia) en montículos funerarios de tepalcates de papel, ilegibles, enmohecidos e inservibles para la reconstrucción o el rescate de cosa interesante alguna. Cada dos o tres años, hay que deshacerse de esa enorme rémora, y dejar sobre la mesa unos cuantos tije-reteados artículos o noticias que parezcan aptos para prestar cierto servicio.

Así, hurgando en ese destazado inconsciente colectivo o disminuida hemeroteca personal que es el cajón de los recortes sobrevivientes, descubro cosas dignas de mención.

Reviso casi con angustia y cansancio esos recortes, de hace una década o dos,

sobre cuestiones políticas e ideológicas, mexicanas e internacionales, y empiezo a pensar que son los intelectuales mexicanos una tribu de sordos irredimibles: estamos parados en el tiempo, hemos roto a patadas los relojes, discutimos lo mismo hace veinte años, o más. Se ha hablado clara y largamente, luego hay alguien que no escucha de veras, un ejército creciente de muy buenos oyentes que se hacen los sordos para no escuchar, aparte de una adormilada y santurrón legión de sordos auténticos, incapacitados genéticamente para oír, leer y comprender cosa cualquiera de alguna enjundia ética e histórica.

Se publicó hace trece años la primera edición de *El ogro filantrópico*, hay que decir firmado por Octavio Paz, porque continúa sin ser leído por los interlocutores a los que apuntaba, leal y agresivamente como debe hacerse en asuntos de tal monta. Todo lo que el tristemente famoso *Coloquio de Invierno* (el tema es inevitable, pues la revista *Nexos* vuelve a la carga con él, en su número de mayo-1992) trataba de eludir al ocuparse de los "Grandes cambios de nuestro tiempo", se hallaba ya expuesto con lucidez en aquel libro, y en otros muchos del autor, como lo estaba en varios más de la disidencia marxista internacional después de la revolución húngara, y antes de ella: la degeneración social el desastre material y moral de los llamados países socialistas, el totalitarismo staliniano, silvestre antidemocrático y opresor de la dictadura cubana, la equivocación histórica del proyecto marxista-leninista de la sociedades frankensteinianamente articuladas bajo el plan

maestro del materialismo histórico y dialéctico, etc. De igual modo, señalaba Paz en su libro abundantes casos de "flexibilidad y acomodo" de la izquierda mexicana: "ejemplo máximo de este curioso y mexicanísimo empleo de la dialéctica es Vicente Lombardo Toledano que logró, *al mismo tiempo*, ser partidario de Miguel Alemán y José Stalin". Y yo diría que Lombardo continuó haciéndolo hasta el final de su vida, con todo presidente en turno (soy testigo personal del caso). El tema es básico para la polémica actual, que no es una disputa entre dos revistas por un *centro* cultural imaginario, o una cuestión de intolerancia y mala educación, como quieren hacer creer a los inocentes los que impugnan la actitud de Paz, de Krauze, de Zaid y de otros escritores por lo que han dicho a propósito del coloquio. Lo que hay detrás de esta polémica son cuestiones políticas reales, diferencias de principio en asuntos nacionales e internacionales, e incongruencias de comportamiento y oportunismo de los intelectuales de izquierda frente a las tiranías stalinianas del Caribe y del mundo, y frente a la política antiestatista del régimen oficial en turno, que los ideólogos de *Nexos* deberían continuar combatiendo ahora, como corresponde a sus atávicas convicciones de vergonzante marxismo. Es lo que omite, no lo que afirma la declaración del Consejo de *Nexos* (mayo-92), lo que objetamos. (Aclaro, entre otras cosas, que ninguna animadversión personal me mueve para criticar las ideas de los escritores de *Nexos*, muchos de ellos han sido y son mis amigos, y a otros los considero intelectuales respetables).

Larga es la política y corta la tipografía; de modo que no puedo por ahora extenderme demasiado en el jugoso tema de los intelectuales de izquierda tradicionalmente infiltrados en el poder para producir "desde dentro" la revuelta humanista y revolucionaria, etc. etc., como rezaba la antigua letanía heroica. Pero el tema es magnífico: una de las cosas contra las que en los años cincuenta y principio de los sesenta luchábamos los partidarios (también seducidos creyentes vacilantes del destino histórico) era la teoría de los "militantes reservados" dentro de las organizaciones que se soñaban marxistas-leninistas, porque esa treta era la fuente de todo tipo de complacencias, corrupciones y tolerancias. Los de "militancia reservada"

podían ser incluso ministros de Estado, jefes policíacos o influyentes legisladores del partido oficial, auténticos agentes o espías dobles, que cómodamente se movían de un lado a otro del tablero ideológico, sin riesgos en ninguno de los bandos a los que rendían reconocidos servicios. Esta condición formal y esquizofrénica no ha conducido nunca, a los más honrados y simultáneos agentes del futuro y del pasado, sino al enriquecimiento personal, la frustración política o la entrega decidida de su actividad al partido en el poder.

Recortes. Veo por aquí algunos precisamente de 1979 (*Vuelta*). Un artículo en que comentaba yo el libro de J. Revueltas (*México 68, juventud y revolución*), y en el que demostraba, creo, a Héctor Aguilar Camín que tanto Revueltas (al que elogiaba) como Paz (al que atacaba) decían lo mismo, casi exactamente, y en la misma época, sobre las dictaduras y satrapías marxistas, y sobre la de Rusia en especial. Varios artículos seguramente leídos por muy pocos, y además mal vistos por "reaccionarios", escribí sobre el tema en esos años, en la misma *Vuelta*, en *La Letra y la Imagen* y en otras revistas.

Otros más viejos recortes (de 1972) me encuentro entre mis papeles al leer los *Textos beréuticos* que me envía Enrique Krauze, siempre lúcido, siempre bri-

llante y siempre excelente y documentadísimo escritor, precisamente sobre Carlos Fuentes y su defensa del régimen echeverrista. También de Fuentes he sido esporádico, pero viejo amigo (somos de la misma edad), no coincido en todo con Krauze sobre lo que de él opina y considero a Fuentes, con franqueza, un escritor de talento excepcional, de capacidad cultural admirable, entre cuyas vastas obras encuentro páginas que podrían contar entre las mejores de cualquier gran creador literario del siglo xx, pero no son esas páginas sus loas al sandinismo y al castrismo.

Más largo hay que ocuparse del tema Fuentes, pero me limito a la glosa del recorte antiguo: Krauze recuerda una declaración de Fuentes en defensa de Echeverría: "sostuvo que los intelectuales que no apoyaban a Echeverría... cometían un crimen histórico" (se hablaba de la represión policiaca del 10 de junio de 1971). Krauze consigna la respuesta de Zaid a esas declaraciones. La mía se hallaba en las páginas de *Revista de Revistas*, donde sostuve una columna, de la que fui expulsado creo que unos meses antes del golpe contra *Plural*. Era una nota cordial, pero crítica, que se titulaba "En torno a las declaraciones de Carlos Fuentes". Será para otra glosa de recortes perdidos. □

Desdiario

José de la Colina

3, v, 1992

Nexedades. La izclesia mexicana lleva tanto tiempo insultando a Octavio Paz que ha terminado adorándolo. Sucursal aggiornata de esa izclesia, *Nexos*, para responder a los escritores que, cada uno con nuestros nombre y apellido, nuestra responsabilidad y nuestro punto de

vista, escribimos en *Vuelta* acerca de "La conjura de los letrados", sólo dirige sus baterías contra Octavio Paz y simula vernos a los otros siete como heterónimos o peones incondicionales de éste. Ya que *Nexos* número 173 publica un texto que, bajo el título de "Coloquio de Primavera, Nexos y el Coloquio de Invierno", se proclama "el

compendio de dos rondas de conversación" de su consejo editorial, busco ese consejo en el directorio de la revista y descubro que tiene 42 (cuarentaidós) nombres, que son muchos pero que apenas forman ese redactor no muy capaz que define un público llamándolo "un coro de cien gentes"; que reiteradamente, y aspirando a la ciencia léxica de los locutores de televisión, nombra "eventos" a hechos tan poco eventuales como encuentros y coloquios proyectados, organizados, programados, anunciados; y que pergeña párrafos inconexos en los cuales resulta que "nosotros [ellos, *Nexos*] no creemos que el único interlocutor [...] sea hablarle a los lectores".

El hecho es que cuarentaidós personas en bloque, desindividualizadas y amontonadas en el ente global *Nexos*, contestan a ocho personas que están muy lejos de ser todos los miembros de *Vuelta* y que escriben cada una por sí misma. La masiva entidad *Nexos* no podía ilustrar mejor la definición que Paz daba de ella: "formación ideológica, militante", en la que predomina "el espíritu de cuerpo" de miembros "disciplinados en el ataque". Pero aun si es justa, esa definición se queda corta. Es curioso que, cuando *Nexos* nos insulta llamándonos "jauría", no advierta que nada se cite más a la imagen de una jauría que esos cuarentaidós nexistas compendiados en "consejo editorial" y lanzados, no contra ocho escritores de *Vuelta*, sino exclusivamente contra uno.

La revista *Nexos*, dice su consejo editorial, "camina sola, por su propio pie, tal como camina cada uno de sus miembros". Me pregunto entonces si los cuarentaidós nexistas, todos, aprueban totalmente el primaveral manifiesto de su número 185 y si, por tomar al azar un ejemplo, Hugo Hiriart encontrará cómodo repartirse entre el "lugar de cruces", según se autorretrata *Nexos*, y la "jauría", según *Nexos* nos moteja.

Pero, aparte los insultos, el verdadero programa comienza ahora: el texto monotonero del Consejo nexista, como queriendo y no queriendo, esboza el plan de acción de *Nexos* y anexos: "La fórmula del Coloquio de Invierno debiera propagarse a las demás estaciones del año y a las demás ciudades de la república". Es decir: *Nexos* quiere ocupar todos los tablados y los micrófonos durante todo el tiempo y en todo el espacio nacional. Considerando al PRIGobierno

como una Eternidad distribuida en episodios sexenales, que ahora, además, serán nexenales (porque la clerecía nexista le surtirá al neoPRI las ideologías de reemplazo), los Cuarentaidós ven la cultura mexicana como una flor nacida del fecundo piso gubernamental: "Bien o mal, con proyecto respetable o sin él, las iniciativas estatales han echado casi todo el piso cultural del país: museos y zonas arqueológicas, universidades públicas e institutos de educación superior, escuelas de arte, orquestas y becas, los institutos de Antropología y Bellas Artes, los teatros IMSS, el Fondo de Cultura Económica y un largo etcétera institucional, sin cuya presencia nuestra vida cultural sería un páramo". De lo cual se deduce que todos los intelectuales y artistas mexicanos de todos los tiempos casi no han hecho otra cosa que mirar embelesados cómo el PRI, o el precursor de éste en el lejano pasado, les construyó un piso cultural. (¿Qué es cultura? ¿Y tú me lo preguntas? Cultura es PRI.) Y precisamente en tiempos en que escritores, artistas, sociedades editoriales, grupos diversos, logran construir, poco a poco, cada uno por su cuenta, sus propios pisitos, como hace *Vuelta* con su revista y sus libros y su fundación cultural, *Nexos* eleva himnos al Estado PRI, "echador de pisos" número uno, y en el fondo del corazón lo tiene por legítimo hogar (o sea: no sólo el piso, sino también el techo y la despensa): "Hemos visto a algunos miembros entrañables de nuestra revista acudir al llamado de las tareas públicas con llana pasión y sincera vocación de servicio", dicen los Cuarentaidós en su crónica de un trepar anunciado. Este lenguaje hecho ("acudir al llamado de las tareas públicas", "vocación de servicio") suena a discurso de gobernador, de presidente municipal, senador o diputado. ¿*Curul* estará en la etimología de *cultura*?

Marlene. Pasar del asunto de *Nexos*, y su apasionado acaparamiento del piso cultural, a la evocación de una fascinante presencia femenina del cine, la actriz cantante que refrendó a Baudelaire contradiciéndolo ("La mujer es natural, luego abominable", me decía Charles entre uno y otro lengüetazo a los pies de la "bestial" Jeanne Duval), y que, como informa un diccionario de los surrealistas,

"par la grâce de Von Sternberg est devenue la capitale des plumes, des sequins, du lamé or et de la fourrure", sería grato si no fuese por el hecho de que ahora, esa imagen, florecida entre guerras mundiales en las pantallas cinematográficas y con el nombre de Mar(ie) (Magda)lene Dietrich, ha perdido su viviente armazón carnal por defunción a los noventa años, y es no más que un fantasma, un abolido bibelot de curvas y rubiez cuyas apariciones sólo ocurrirán en cinetecas y aparatos de televisión.

"Por la gracia de Von Sternberg", poeta barroco y decadente con imaginiería de bazar, Marlene fue un caso de Eterno Femenino soñado, construido, derruido, vuelto a erigir desde que apareció en estado casi bruto (y su mejor estado) en el personaje de Lola-Lola de *El ángel azul*: la poderosa hembra fatal entre cuyos rotundos, relampagueantes muslos, agonizaban el profesor Rat y la honorabilidad pequeñoburguesa. Vampiresa, femme fatale, cabaretera, emperatriz escarlata, espía gozosamente fusilable, siempre esfinge áurea, sin secreto pero con múltiples y sinuosos pasados, el personaje Marlene, la mujer de mirada y pómulos felinos, de piernas perfectas (y, contra lo que se esperaba, rara vez visibles), emitía una admirable voz ronca y oscura, como ascendida desde el coño. Su totalitaria sexualidad, que a veces se matizaba de virago, fue de verdad un gran elemento mítico de los años treinta, los años en que hizo sus mejores films, siete films de Sternberg, un cineasta que, como un Pigmalión enamorado de su invento, supo rodearla de un exotismo de bisutería, cartónpiedra y fotogenia con ayuda de todo aquel gran aparato hollywoodiano que permitía a los cineastas hacer turismo por Shanghai, Marruecos, Moscú o Sevilla sin salir de los sets de la compañía Paramount Pictures. Amorosa o perversamente, Sternberg artificializaba a Marlene de película en película, la cosificaba con una delección minuciosa, con un manierismo fríamente delirante, y ella se convirtió en el emblema espléndido de ese sueño. Sin Marlene, Sternberg apenas dio para más como artista; y sin su Pigmalión, Marlene se sobrevivió, con bastante elegancia pese a todo, en films que pocas veces merecieron los valiosos últimos restos de su mito. Orson Welles la rescató en *Sombras del mal* (*Touch of evil*, 1958) para presentarla como la

8, v, 1992

cínica madama de un burdel del sur de los Estados Unidos; y contra un fondo sonoro de pianola desdentada y desmemoriosa, el gordo y derruido Orson le decía a una Marlene mineralizada por la edad, irónicamente convertida de rubia a morena, que ella estaba muy bien,

como siempre, a lo cual Marlene respondía algo así como: "Y tú, hecho una ruina". Crepúsculo de los dioses, dos magníficos monstruos sagrados mirándose a los ojos y sabiéndose ya polvo: polvo enamorado, pero polvo. □

su crueldad especial deriva sobre todo de la cantidad de dinero que uno desembolsa obligatoriamente durante ese mes, a instituciones públicas y privadas: por concepto de impuesto sobre la renta, primas de seguros diversos, renovación de tarjetas de crédito... Y paren ustedes de contar, bien que no de pagar.

Litoral

Jaime García Terrés

Anécdota. En 1960 cubría yo las ausencias de Fernando Benítez en la dirección de *México en la Cultura*, suplemento literario de *Novedades* en aquellos tiempos. Un día llegó a buscarme un joven estadounidense en chamarra. Venía a ofrecerme una investigación, escrita en español, que llevaba por título "La polución en México". Comentó al pasar-me las escasas cuartillas: "Creo que les interesará. Ya está convirtiéndose en problema." Le pedí que me dejara su articulo (no era más que eso) para consideración. Recuerdo que solicité la opinión de dos o tres colegas que me acompañaban en la oficina. Uno de ellos me dijo: "Francamente hay cosas más importantes que ésta. Parece un cuento de ciencia-ficción." El otro, filólogo provido *avant la lettre*, murmuró brevemente: "Polución es anglicismo; en español no tiene más que un sentido, y ese sentido —consulte usted si no el Diccionario de la Academia— es obsceno." El tercero, visitante ocasional pero muy hablador, se echó un rollo largo, casi un sermón: "Mira, aunque haya venido en chamarra y con aspecto de muy cuate, el hecho es que se trata de un gringo. El artículo está mal escrito, o si prefiere, mal traducido. Y a la mejor es propaganda o sabotaje del Tío Sam. Mucho cuidado. Más vale olvidarlo en un cajón..."

Lo que va de ayer a hoy. La situación —tan obvio es ello que huelga decirlo—

ha cambiado radicalmente. Hasta el Diccionario de la Real Academia admite ya (desde 1984, 3a. acepción) que polución es, también, la "contaminación intensa y dañina del agua o del aire, producida por los residuos de procesos industriales o biológicos". Y si el artículo del gringo fuese propuesto hoy a un diario, sí, es posible que se dudara en publicarlo... pero sólo por demasiado elemental, o porque no hay día en que no aparezcan una docena de alarmas similares. Ahora, no se discute la validez de tales asuntos. Al contrario, no cesan de discutirse, y seguimos igual o peor. Uno trata de asfixiarse lo menos posible, y sobrevivir al máximo, en esta Ciudad de los Palacios Derruidos. Lo demás son improvisadas medidas de emergencia que a nada mejor parecen conducir. Lo demás es bla, bla, bla y monitoreos maquillados, para que a la gente no se le ocurra el suicidio en masa, por desesperación. Y no es culpa de los actuales responsables de la vida urbana, sino de los que vinieron antes, o antes aún.

Eliot. Jamás imaginó T.S. Eliot que la célebre crueldad por él atribuida al mes de abril la fundarían, andando el tiempo y llegando a México, las peculiaridades de nuestra cronología económica. El abril mexicano no engendra muchos lirios de la tierra muerta, y aunque tal vez combine memorias y deseos, removiendo vanas raíces con lluvia primaveral, etc.,

Guadalajara en un llano (¡flash!). Claro, no es para contarse lo de Guadalajara, tragedia tan cruda que rechaza —especialmente si se leen a destiempo— los comentarios. Me limito a reproducir la queja de una de las víctimas innumerables: "Mi familia está deshecha; tengo hijos muy graves, otros muertos, otros desaparecidos... Le pido comprensión, le pido solidaridad, ayuda honesta... ¿Por qué no nos informaron? ¿Usted cree que nos hubiéramos quedado, que hubiéramos dejado que nuestros hijos fallecieran? ¡No, señor gobernador, no es cierto que nos informaron! ¿Por qué dicen y distorsionan todo, por qué no hay una respuesta honrada?"

Patetismo. Bah, disimulemos los patéticos agravios del momento. No acabaríamos de rabiar, y además... les aseguro que no era mi intención sazonar de dramatismo estos renglones.

Los ensayos de Seféris. De otro lado, convengamos en que no es insuperablemente difícil encontrar en el contemporáneo paisaje intelectual algunas notas de optimismo. Bueno, no digo que sea fácil, pero tampoco resulta del todo imposible. Por ejemplo, al fin apareció, con el sello del FCE, el segundo volumen de *El estilo griego* (la lección titulada *El sentimiento de la eternidad*), de Giorgos Seféris. Cual refiere en su prólogo la traductora, Selma Ancira, la tarea implicó, además de largo tiempo y esfuerzos extraordinarios, sucesivos viajes a Grecia, y consultas *in situ*, a conocidos especialistas en la obra de Seféris, como Giorgos Savvidis. (Recuerdo de paso la botella de poire que Celia y yo nos acabamos una noche en nuestra casa de Kifissia, en compañía de los tres Jorges helénicos: Seféris, Savvidis y Katsimbalis, el Coloso de Maroussi por antonomasia henrymilleriana.) Ojalá que no demore demasiado la aparición del tercer volumen.

Encrucijada. Entretanto, atendamos esta

presentación que hace el gran poeta Seféris, de su Grecia y de sí mismo: "Nuestro país ocupa una posición de encrucijada. Jamás hemos estado aislados. Siempre hemos estado abiertos a todas las corrientes —Oriente y Occidente—, y las hemos asimilado perfectamente cuando nos hemos comportado como un organismo sano. Ahora formamos parte de la literatura europea (en el más amplio sentido) y nos vemos turbados, con razón o sin ella, por sucesivas crisis, acontecimientos apocalípticos y miedos que no dan reposo a la mente humana... Frente a esta situación, ¿qué tendríamos para resistir si negáramos nuestro ser mismo? No soy ciego ante nuestros defectos, pero sufro la obstinación de tener fe en nosotros mismos. Pido excusas por traer a cuento aquí experiencias personales, pero soy el único conejillo de Indias que poseo y mi experiencia personal me confirma que no han sido los pensamientos de un intelectual los que me han sostenido, sino la fe y la devoción que siento por un universo de hombres vivos y muertos; por sus voces, sus obras, su ritmo, su frescura. Semejante universo en su conjunto, me ha hecho sentir que no soy una mónada aislada, una pajilla en la era; él me ha dado fuerza para mantenerme en medio de los desastres en los que el destino me hizo participar. Y él asimismo me ha permitido comprender, al regresar a la tierra en que nací, que el hombre tiene raíces y que cuando se le cortan sufre biológicamente, igual que con una amputación física..."

Poesía y lengua. También el poeta tiene raíces, insiste Seféris. Y tiene lengua. "A lo largo de la historia se ha pedido al poeta que haga con la poesía numerosas y variadas cosas: que sea mago, profeta, reformador social... No me propongo examinar qué otras cosas. Me limitaré a la poesía. Y en ese punto, al menos una cosa me parece cierta: el único modo de crear que tiene el poeta es utilizando la lengua hablada por los hombres que lo rodean. En esa lengua ha de arraigarse y germinar su palabra propia, la palabra que lo expresa. Empleo los verbos arraigarse y germinar en su acepción literal, opuesta a cuanto es artificial o mecánico. Si el poema es una planta, nos interesará por su fruto, pero también por su raíz."

Tercera llamada. Y vaya en fin un tercer párrafo ejemplar:

"Al hacer las voces ajenas a un lado, el poeta siente que la suya tiende a enmudecer cada vez más, y sin embargo no puede dar marcha atrás. Siente que deberá pasar la prueba del silencio total para descubrir en el fondo su verdadera identidad. Todo poeta auténtico atraviesa por crisis similares, y por ello decimos que cada poema lo escribimos como si fuera el último. Una vez que el poeta ha asimilado lo que su temperamento ha tomado del mundo exterior, experimenta el vacío dentro de sí; le parece estar en la *selva oscura*, solo y desamparado. Entonces comprende que es preciso, bajo pena de muerte, abandonarse a ese vacío. Su momento más arduo es la lucha por desentrañar la voz que se incorpore y se identifique a lo que quiere crear... La etapa suprema a que ha de aspirar el poeta es aquella que lo capacita para decir 'hágase la luz', y que la luz se haga".

Versos afines. Ideas que reencontramos a cada paso en la poesía de Seféris, expresadas en casi idénticas palabras. Veamos por ejemplo el poema número 8 de la sección tercera de *Poemas escondidos*:

El papel blanco rígido espejo
sólo devuelve lo que eres.

El papel blanco habla con tu voz,
tu propia voz
no la voz que te place;
tu música es la vida
esta que has dilapidado.

Es posible ganaría de nuevo si la quieres
si te cebas en esa indefinida cosa
que a regresar te impulsa al punto de
partida.

Viajaste, muchas cosas has visto muchos
soles
tocaste muertos y vivos
el dolor percibiste del muchacho
y los quejidos de la mujer
el amargor del niño inmaduro—
y lo que percibiste se abate sin sostén
si en este vacío no pones tu confianza.
Tal vez encuentre allá lo que creíste
perdido;
el brote de la juventud, la justa
sumersión de la vejez.

Tu vida es lo que diste
este vacío es lo que diste
papel blanco.

Entrevistas. Otro gran poeta, uno de los

mayores de nuestra lengua, el peruano, americano y universal César Vallejo, cumplió en abril cien años de nacido y cincuenta y cuatro de muerto. La Biblioteca de México le dedicó, en homenaje mínimo, una exposición de los retratos que con mano afectuosa le ha dibujado a lo largo de estos años Gastón Garreaud. Y Garreaud a su vez me regaló un cuaderno con las dos únicas entrevistas que se le hicieron a Vallejo, junto a varias ilustraciones del propio dibujante y una cronología del poeta.

Respuestas. He aquí, omitidas las preguntas de los dos entrevistadores, algunas de las respuestas de Vallejo:

Todo empieza por el principio. = Yo amo a las plantas por su raíz y no por la flor. = Siento cómo crecen mis uñas. Siento cómo crecen mis barbas en sueño. Hace un frío teórico y práctico. = La naturaleza crea la eternidad de la sustancia. El arte crea la eternidad de la forma... Las artes (pintura, poesía, etc.) no son sólo éstas. Artes son también comer, beber, caminar; todo acto es un arte. = Existen preguntas sin respuestas, que son el espíritu de la ciencia y el sentido común hecho inquietud. Existen respuestas sin preguntas, que son el espíritu del arte y la conciencia dialéctica de las cosas. = Si usted me preguntara cuál es mi mayor aspiración en estos momentos, no podría decirle más que esto: la eliminación de toda palabra de existencia accesorio, la expresión pura, que hoy mejor que nunca habría que buscarla en los sustantivos y en los verbos... ya que no se puede renunciar a las palabras... = Me di [en *Trilce*] sin salto desde *Los beraldos negros*. Conocía bien los clásicos castellanos. Pero creo, honradamente, que el poeta tiene un sentido histórico del idioma, que a tientas busca con justeza su expresión.

Remate. Iba yo a concluir esta relación de abril (que si bien me va leerán ustedes en junio) con otro flash de alarmas frente a los acontecimientos en Los Angeles (el veredicto escandaloso, la rabia acumulada, los incendios, el pillaje...). Pero mejor, para terminar hoy con notas menos pesimistas, dejaremos la crónica en lo de Seféris y Vallejo. □

Carta de Copilco
Oiga ¿no sabe "psycho love"?

Guillermo Sheridan

Yo no sé qué pasa. ¿Te acuerdas cuando los grupos de rock se llamaban "Los Kinks", "Las piedras rodantes", "Los Animales" y cuando mucho "Las madres de la invención"? Mira esto: ahora se llaman "Megamuerte", "Revólveres y Rosas", "Pistolas de Sexo", "El sacerdote de Judas", "Jóvenes Revólveres", "Damsela de Fierro", "Veneno", "Sepultura" y "Masacre". Antes las canciones se llamaban "Humo en tus ojos"; ahora se llaman "No del todo mal culo", "Dime de cochinas", "Amor sicótico" o "Ay Nena, si serás pendeja".

—¿Por qué lees esa revista?

—Tengo un hijo de doce años. Él lee la revista mientras se dosifica varios cientos de electrodecebeles con los audífonos de su *discman* y blande una metraguitarra eléctrica imaginaria en sus manos. No sé qué está pasando.

—Lo mismo que no sabían tus papás cuando oías a los Beatles en el 63.

—No es lo mismo.

—Sí es lo mismo.

Para empezar, lo único que querían Los Beatles era tomar a una chica de la mano; estos tipos podrían enumerar cien cosas que hacer, hacerse o hacerle a esa mano antes de siquiera considerar la posibilidad de simplemente tomarla. Así que no es lo mismo.

—Es lo mismo.

Los Beatles traían sus saquitos y sus corbatitas y estos degenerados se tatúan alacranes en los puños, puñales en los antebrazos y pirañas en las nalgas; no usan camisa desde que salieron de la escuela parroquial, se rellenan los ombligos de estoperoles, se maquillan más que Liberace y desayunan café negro con rebaba de litio. *No es lo mismo.*

—Es lo mismo.

Los Beatles traían su peinadito de papejitos y se balanceaban dulcemente al cantar; en cambio las cabezas de estos

homínidos sólo son la percha de sus peinados estilo catarata del Niágara, usan pintura spray en vez de desodorante, se cuelgan cencerros de las narices y bailan como si estuvieran sodomizando una anguila eléctrica. ¡Es lo mismo, ja!

—Yeab, yeab, yeab...

¿Te acuerdas de George Harrison? A ver, ¿cómo se llamaba George Harrison? George Harrison. Estos tienen nombre de errata: Nikki Sixx, Axl, Slash, Satan Batts, ¡Pyss Slaughter! ¿Sabes qué quiere decir eso? ¡Matanza de Pipí! ¿Qué clase de nombre es ese?

—El nombre de Matanza de Pipí.

¿Y eso que no vienen los apodos! Los Beatles sonreían; mira las caras de éstos, parecen manuales de lobotomía; seguro eso se llama el *cool look*: se diría que se acababa de inyectar un litro de pentotal y vodka en el gran simpático. Mira a éste: en una sola cara tiene seis géneros sexuales diferentes. Pero es lo mismo...

—Lo mismo.

¿Te acuerdas de "Yesterday"? "Ayer, mis problemas parecían lejanos/ Ahora es como si vinieran a quedarse/ Oh, yo creo en el ayer". Mira la letra de "Coma", de Axl y Slash del grupo "Revólveres y rosas": "Me agarraste en coma, nena/ no quiero regresar/ nadie me dice *what the fuck* está pasando./ Maldita sea, nena/ Lejos del mundo creado por la mente/ un mundo lleno de mierda, nena, bastarda." ¡Están envenenando a los niños! ¡Hay que hacer algo! Y mira los anuncios: páginas enteras en las que se venden por correo relojes con calaveras y agujas de huesos, crucifijos satánicos, aretes nazis, cinturones que dicen "Fuck you", más calaveras pero fosforescentes. ¿Quién maneja este negocio? ¿Goebels?

—Lo único que hacen los jóvenes por los viejos es escandalizarlos: George Bernard Shaw.

¡Y la música! He escuchado a muchos

de estos grupos. Tengo autoridad para declarar, objetivamente, que son deplorables. El bajo y las percusiones suenan a vulcanizadora, pero amplificadas; las voces a lo que sonaría meter una lengua de res en una procesadora de legumbres; con las guitarras eléctricas sientes que estás oyendo en súper close-up el movimiento intestinal de un enfermo de cólera. Sus vibratti son tan artificiales como sus tatuajes. ¡Es tan artificial todo! Dylan, Los Beatles, eran auténticos. Si te decían que "El loco está en la colina" era porque lo creían. Estoy seguro de que este tal Slash se quita en la noche los pelos, los tatuajes, los estoperoles y las cruces nazis y se pone a repasar sus finanzas oyendo a Ray Coniff. En el fondo todo esto es tan burgués, consumista, reforzador del estatus...

—Igual que siempre.

¡Qué va...! Cómo ha cambiado todo. Yo oía un disco de 45 rpm de los Beatles sentado enfrente de cuatro metros cúbicos de bulbos de tocadiscos Garrard, con el copete peinado con goma Ossart verde y una camiseta de Ban-Lon. Ahora hay compactos y discmans y audífonos carbono-catódicos que desintegan las células nerviosas de nuestros hijos forrados de cuero. Pero claro, es lo mismo verdad ¿verdad?

—Perdón, pensaba en esos tiempos...

—Sí, qué tiempos aquellos...

—Pensaba en aquella canción de Cat Stevens en la que dialogan un padre y su hijo y el hijo se queja de que su padre nunca lo escucha. ¿Te acuerdas? ¿Y no era de Bob Dylan "La respuesta está en el viento", en la que dice a los padres del mundo que "no critiquen lo que no entienden, sus hijos e hijas están más allá de su control"? Y en esa otra muy famosa de Morrison en la que dice: "Father, I'm going to kill you"?

—Este... no creo que sea lo mismo...

—Claro que no. En ese tiempo tú estabas del otro lado.

—No es lo mismo.

—Lo que siempre es lo mismo es que la hora de comenzar a decir que las cosas no son lo mismo es cuando te haces viejo. Y te llegó la hora. Pero acuérdate de Montaigne, que avisaba sobre el riesgo de envejecer más del alma que del cuerpo. ¿No había una canción de Dylan, *Forever young*...?

—Tienes razón: es lo mismo. No hay que confiar en nadie que tenga menos de treinta años. □